

AUGUSTO PESCADOR SARGET

Licenciado en Filosofía y Letras y Abogado (Universidad de Madrid) Estudios de Especialización en Alemania con Nicolai Hartmann.

Profesor y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras — Universidad Mayor de San Andrés 1940-1955. Profesor y Director del Departamento de Extensión Cultural en la Universidad Austral de Chile, 1955-62. Profesor en la Universidad Técnica del Estado, 1962-1964. Profesor de la Universidad de Concepción desde 1964. Ha sido Director del Instituto de Filosofía y Jefe del Departamento de Lógica y Epistemología, cargo que desempeña actualmente.

Ha asistido a 8 Congresos internacionales y ha dictado cursos y conferencias en más de treinta Universidades.

Publicaciones: “Lógica”, seis ediciones, Buenos Aires y La Paz; “Ontología”, Editorial Losada (Biblioteca Filosófica). Ha publicado, además, unos cincuenta ensayos, algunos de ellos en “Atenea”.

la importancia de lo inútil en el mundo de la técnica

Augusto Pescador Sarget

Cada época puede caracterizarse por el empleo predominante de ciertas palabras, palabras que son como el emblema o símbolo distintivo de la época. Es indiscutible que las palabras **útil** y **sirve** están entre aquellas que dan un significado a nuestra época, entre las que más caracterizan a la humanidad actual. A personas y cosas se aplica frecuentemente, y de un modo bastante inescrupuloso, los términos sirve o no sirve, es útil o inútil. La suprema aspiración de un hombre es ser útil, servir para algo. Frecuentemente oímos decir a los hombres, quiero ser útil a mi familia o a mi Patria, ser un servidor del país. La utilidad rige tanto los destinos y aspiraciones de los individuos como de los Estados. Se aprecia, se defiende y se considera digno de estima a todo lo que es útil y sirve para algo. Nadie, en cambio, aprecia, defiende o considera digno de estima lo inútil, o, dicho de otro modo, lo que no sirve. A la política de dignidad ha seguido la de utilidad de la nación. Un proyecto se defiende, en nuestros días, porque sirve a algo o a alguien; el interés, la utilidad, es el supremo argumento para defender un convenio, una ley, etc., realizar tal cosa, se dice, va a servir a la sociedad, a la nación, o a determinados intereses. En el terreno individual, en el familiar y en el profesional, en todas las actividades y esferas de la vida, nos rige el concepto de lo útil, de lo que sirve. La palabra honor, característica de otras épocas, ha sido desechada y sustituida por la palabra utilidad. La mejor profesión no es la más honrada, la que produce mayor honra, sino la más útil, la que produce mayor utilidad. Lo que no sirve a nada, a nadie, lo inútil, se considera indefendible y, por eso, nadie se atreve a asumir su defensa.

Yo, contradiciendo el medio, he considerado como un deber salir en defensa de lo inútil, de lo que no sirve, no sólo por ayudar al desvalido, por defender lo que nadie defiende ni apoya, sino, principalmente, por un imperativo de justicia, ya que debemos defender lo que consideramos injustamente atacado, y apreciar lo que merece aprecio, aun cuando sea despreciado, y con mayor razón cuando es despreciado. Y como considero que lo inútil tiene más dignidad, es más digno de aprecio que lo que sirve, he pensado defender lo que nadie defiende, haciendo resaltar la importancia de todo lo que no sirve, pues ser importante es muy diferente de ser útil. He considerado, además, que una rehabilitación de lo inútil reportaría hasta utilidad en nuestro ambiente dominado por el signo de la servidumbre, de lo que sirve.

EL MUNDO DE LA TECNICA

El ambiente en que se desenvuelve el hombre actual ha sido formado por la técnica. La técnica es una característica del hombre y siempre el hombre, propiamente tal, ha tenido utensilio, es decir, ha sido un técnico, pero nunca se ha hecho tan ostensible la transformación del ambiente natural por el hombre como en el maquinismo y el utilitarismo omniabarcante actual.

Por eso, en este mundo que vivimos, en el de nuestro tiempo, cobra peculiar importancia lo inútil, lo que no es un instrumento o un medio para y, precisamente por vivir en una sociedad de consumo consecuencia de una técnica que ofrece al hombre infinidad de productos para utilizar, usar o consumir.

El hombre fue técnico antes que teórico. Bergson nos decía que en el tiempo fue antes el **homo faber** que el **homo sapiens**. El aumentar el alcance y la fuerza del brazo mediante un palo, un hacha o una flecha, así como el uso del fuego, el cocinar alimentos, abrigarse y, por tanto, confeccionar vestidos y hacer o arreglar sitios donde refugiarse, así como el hacer utensilios, debió ser previo a una actitud teórica consciente, pues aunque indiscutiblemente la reflexión acompaña a toda producción técnica, el saber que acompaña a la acción no es separable de ésta y no constituye un saber independiente como lo es el saber teórico desinteresado, el saber por el saber. Pero la técnica contemporánea es algo muy distinto de esa técnica del hombre prehistórico o del antiguo o medieval, pues la técnica actual presupone el saber teórico; el saber hacer presupone el saber. La técnica es la consciente aplicación de la ciencia a la actividad práctica. Ortega y Gasset dice que la física es el menester esencial del hombre, pues "el hombre es un animal inadaptado, es decir, que existe en un elemento extraño a él, hostil a su condición: este mundo. En estas circunstancias, su destino implica, no exclusiva, pero sí muy principalmente, el intento, por su parte, de adaptar este mundo a sus exigencias constitutivas, esas exigencias precisamente que hacen de él un inadaptado. Tiene, pues, que esforzarse en transformar este mundo que le es extraño, que no es el suyo... en otro afín donde se cumplan sus deseos... del que pueda decir que es su mundo. La idea de un mundo coincidente con el hombre es lo que se llama **felicidad**. El hombre es el ente infeliz, y por lo mismo, su destino es la felicidad. Por eso, todo lo que el hombre hace, lo hace para ser feliz. Ahora bien; el único instrumento que el hombre tiene para transformar este mundo es la técnica, y la física es la posibilidad de una técnica infinita. La física es, pues, el **órgano** de la felicidad, y por ello la instauración de la física es el hecho más importante de la historia humana"(1).

La transformación del mundo por la técnica y su adaptación a las exigencias del hombre se ha realizado en nuestro siglo en gran escala y yo diría que con gran éxito. Nos bastará comparar un hogar de tipo medio actual con uno similar del pasado siglo o una ciudad de nuestros días con lo que ésta misma era a principios del siglo para darnos cuenta de las comodidades que

(1) José Ortega y Gasset: "La idea de principio en Leibniz", págs. 51 y 52. — Biblioteca de la Revista de Occidente. — Emece Editores. — Buenos Aires 1958.

la técnica ha proporcionado al hombre. La técnica ha transformado al mundo, adaptándolo cada vez más al hombre, pues esta transformación ha sido hecha por el hombre y es lógico que el hombre se encuentre mejor en un mundo que él ha construido. Resulta, por otra parte, evidente que la técnica no sólo ha transformado al mundo, sino también al hombre, pues la técnica ha transformado radicalmente la sociedad, y el hombre se forma espiritualmente, esto es, humanamente, por la sociedad en la que se desarrolla, es por eso que la transformación de la sociedad que se ha producido por la técnica ha cambiado el modo de vivir, los sentimientos y los deseos del hombre.

El cambio del mundo es el que se hace más patente a los ojos de la cara. El agua corriente, el alcantarillado, los baños, las cocinas eléctricas o de gas, los refrigeradores, el teléfono y la maquinaria de limpieza etc., han proporcionado una serie de comodidades en el hogar, para la mayoría de los hombres, que no es posible hacer una comparación con las viviendas de antaño en que se tenía que transportar el agua y almacenarla, así como la leña y el carbón. Este éxito de la técnica se hace ostensible en la higiene de los servicios domésticos, en la posibilidad permanente de agua caliente, en la luz eléctrica, en comparación con el candil y la vela, en las comodidades para cocinar y conservar alimentos; con el teléfono para comunicarse y hacer los pedidos y la televisión para distraerse sin salir de casa, nos dan una idea del confort y comodidad obtenidos por el hombre común en muy pocos años.

Si en lugar de la casa dirigimos nuestra atención a la calle y a la ciudad, veremos que, en comparación con los comienzos de nuestro siglo, ya no hay casi ningún caballo y en cambio circulan los automóviles y los autobuses; con los medios de transporte se traslada una persona en minutos a una distancia para la que hace algunos años se requería varias horas y se puede recorrer en avión una distancia para la que en otra época se requerían días y hasta meses. Los aviones y trenes y la posibilidad de adquirir infinidad de productos, los hoteles confortables, los restaurantes, etc., son un ejemplo visible del éxito de la técnica.

En el orden médico y de la salud, el progreso es más ostensible y es la parte de la técnica en que menos se puede discutir el éxito alcanzado, pues no se pueden presentar aspectos contraproducentes como es frecuente hacerlo con algunos resultados del maquinismo industrial. La vida se ha alargado, se evitan muchos dolores que en otra época era necesario soportar, los medios de curación y de higiene están al alcance de gran número de hombres. Las vacunas, los antibióticos, el progreso de la cirugía y las operaciones sin dolor, los transplantes, las prótesis, etc., han llevado un evidente alivio al dolor y hacer la vida más larga y con menos achaques. Si con esto se consigue la felicidad es otro problema, pues el ser feliz depende, en gran parte, de una capacidad personal y de un sentimiento de satisfacción, ya que con pocos deseos satisfechos y pocas comodidades se puede ser feliz y con muchos infeliz. Pero, es evidente que la técnica ha sacado al hombre del precario estado en que estaba con relación a la salud y ha puesto los medicamentos, al fabricarlos en serie, al alcance de gran número de hombres y muchas enfermedades —sobre todo las infecciosas—

que antes eran graves epidemias con gran mortandad, ahora se previenen por vacunación o son leves, pues se curan fácilmente.

Al observar la implantación, en progresión cada vez más acelerada, de las necesidades, así como en la fabricación de productos para el consumo y en la creación de los medios e instituciones para que el hombre tenga menos dolores e incomodidades, nos encontramos con que resulta forzoso que la producción y distribución de los productos, así como el de los servicios eléctricos, de agua potable, de gas y de recolección de basuras, etc., han de ser colectivos, hasta el punto que en las ciudades, y en muchas ocasiones, también en el campo, cuando falta este tipo de servicios no pueden ser sustituidos por el esfuerzo personal. Se necesita una organización, privada o pública, para fabricar conservas y hacerlas llegar a los consumidores, así como también de los demás productos de la técnica, sean éstos alimentos, vestidos, autos o televisores. Esta necesidad de la organización colectiva se hace aún más evidente en lo que se refiere a la producción y consumos de electricidad, de agua potable o de gas, así como aquí se hace patente que el consumidor no es una persona individual, sino una colectividad, grupos humanos, que cada vez son mayores, en los que cada individuo es anónimo, es uno de tantos.

Cuando uno de estos productos o servicios de uso diario falla, el individuo consumidor se encuentra impotente para reemplazarlo. Esto se manifiesta claramente cuando falta alguno de los productos de consumo diario o si los servicios colectivos no funcionan por cualquier causa. Una huelga de panaderos crea un serio problema para la mayoría de las dueñas de casas, cuando lo normal, en casi todo el tiempo histórico, ha sido que el pan se elaborara en cada casa; así como cuando se produce un terremoto el habitante de una ciudad enfrenta problemas que no puede solucionar, pues la falta de luz eléctrica le impide cocinar o alumbrarse si no encuentra dónde comprar combustible o velas. Es decir, le han de proporcionar la sustitución, pues él no la sabe fabricar. Más difícil aún le es deshacerse de los desperdicios, de la basura, cuando no funcionan los servicios sanitarios o de recolección de basuras, pues viviendo, por lo general, en un departamento no tiene dónde arrojar la basura, lo que se ha comprobado en múltiples ocasiones con las huelgas de barrenderos, o no puede evacuar sus necesidades cuando se ha inutilizado el alcantarillado. Todo esto no era problema para el ciudadano, y mucho menos para el campesino, de hace 100 ó 150 años que estaba acostumbrado a recoger y almacenar la leña o hacer el carbón para cocinar, a usar candiles para alumbrarse y que no tenía ningún problema para deshacerse de la basura. Evidentemente, la satisfacción de estas necesidades resultaba mucho más incómoda que actualmente, pero eso lo percibimos nosotros, ya que ellos no notaban los inconvenientes, pues el candil y la vela no podían compararse con la electricidad no conocida.

El hombre actual tiene un trabajo especializado. Esta especialización ha sido posible porque la técnica ha puesto a su disposición, en su propia casa o en el almacén vecino, los productos y servicios que antes tenía que elaborar o buscar cada individuo por sí mismo. Pero esta especialización ha hecho del hombre contemporáneo un inútil para enfrentar el mundo na-

tural y resolver los problemas vitales, cuando éstos caen fuera de su especialidad, pues ha perdido la rutina de buscar en la naturaleza y de elaborar para la satisfacción de sus necesidades cotidianas.

Lo que aquí deseo destacar, principalmente, es que estos servicios no pueden dejar de ser colectivos y que el individuo aislado es impotente para proporcionárselos y aun para sustituirlos con los medios antiguos, pues ha perdido la habilidad de adquirirlos, al suprimírsele la necesidad de buscarlos o elaborarlos.

Otro hecho que resulta evidente es que los productos y servicios que la técnica proporciona al hombre crean nuevas necesidades. La artificialidad creciente de la vida humana es ocasionada por la habituación al uso y consumo de productos elaborados. El hombre nace desnudo, pero es tal el hábito creado por el uso del vestido que encontrarse desnudo resulta tan incómodo que nos parece antinatural. El estado de naturaleza le parecería el más antinatural al hombre que vive en el mundo de la técnica.

Crear hábitos de consumo, que lleguen a transformarse en necesidades, resulta una finalidad de la técnica, pues su objetivo es producir para el consumo. La producción técnica es siempre de lo que no hay en la naturaleza, es de productos artificiales, los que, como tales, antes de su invención no eran usados. De ahí la enorme importancia de la propaganda en un mundo técnico para incitar al hombre a consumir y crear así la necesidad del producto.

Ahora bien, si la técnica consiste en la producción artificial para proporcionar al hombre artículos que antes de su invención y elaboración técnica no consumía, podemos deducir que todos los productos elaborados por la industria moderna no son indispensables para la vida del hombre, pues con anterioridad podía vivir sin ellos. Es verdad que muchos productos de la técnica han venido a sustituir a los que antes usaba o consumía el hombre, lo que hace que si aquellos eran vitalmente necesarios éstos también lo sean, pues su supresión pondría en peligro hasta la vida del hombre que los consume, como sucedería con las conservas, los vestidos y las viviendas en el hombre que vive en ciudades. Pero, en general, la consecuencia más evidente de la técnica es la creación del deseo de lo superfluo, pues la televisión, la radio, los viajes en avión, los automóviles, los cigarrillos, las bebidas, en vez de agua, son, desde el punto de vista vital, lo superfluo y resulta que lo superfluo es más cotizado y deseado que lo necesario. La frase de Oscar Wilde "Denme lo superfluo y me pasará sin lo necesario", podría ser adecuada al mundo de la técnica.

Otra consecuencia de la técnica ha sido la supresión, casi total en los países desarrollados y en gran medida en los demás, del servicio doméstico, al fabricar productos que evitan el trabajo que antiguamente se hacía en el hogar. Las conservas, el pan y la mayoría de los alimentos que se consumen en el hogar se adquieren ya preparados o requieren muy poca elaboración para ser consumidos. Ya no resulta necesario hacer el pan, ni almacenar el agua y la leña. Lo mismo sucede con el lavado de la ropa, la limpieza, etc., puesto que las máquinas suplen a la servidumbre y está ya no es indispensable, además de ser cada día más difícil disponer de ella en las casas de familia. La comodidad, el tener una vida con el confort

que proporcionan las máquinas y los productos industriales, con el mínimo de trabajo en el hogar, es la gran aspiración del hombre actual. El que por comodidad el hombre se prive de muchas satisfacciones y placeres es una de las paradojas del mundo de la técnica. Esto se hace perceptible claramente en las comidas, ya que cada vez resulta más difícil encontrar manjares o comida refinada y variada, pues ésta requiere tiempo y cuidado para prepararla. La comida se estandariza al buscar lo menos complicado y que requiera menor esfuerzo.

La simplicación de las tareas domésticas ha traído como consecuencia que la mujer disponga de tiempo para realizar actividades fuera de casa, lo que ha ocasionado la llamada emancipación femenina. El trabajo en fábricas, en oficinas, el acceso a las carreras profesionales y los empleos en hoteles, restaurantes, bares, fuentes de soda —los que por tratarse de tareas tradicionalmente femeninas siguen empleando preferentemente mujeres— ha puesto a la mujer en condiciones de independencia económica o de poder ayudar al hombre al mantenimiento de la sociedad matrimonial; el cuidado de la casa ha dejado de ser peculiaridad de la mujer y, por tanto, el ser ama de la casa como su único oficio y el matrimonio como su aspiración y meta. Ya no hay un hogar que cuidar, en el sentido clásico de esta palabra. Si no hay quien cuide el hogar, porque no hace falta, no hay quien espere ni quien es esperado, no hay hogar, en el sentido material, por no haber un fuego que cuidar permanentemente, ni puede seguir del mismo modo lo que alrededor de él y por él se había formado, esto es, la familia. La institución familiar, la más firme y férrea unión de un grupo humano que ha existido, se formó en base a afecto y de vínculos de sangre y las personas del grupo comparten intereses económicos y se defienden y ayudan mutuamente, presentándose unidos frente a los demás, aun cuando tengan entre sus componentes desacuerdos y conflictos, sólo se formó cuando hubo un hogar, esto es, una vivienda al abrigo de las inclemencias del tiempo, relativamente acogedora; esto es, cuando hubo ventanas con vidrio, que permitían entrar la luz, pero no el aire y el frío, chimeneas que echaban el humo fuera de la casa y hacían respirable el ambiente, y luz artificial también sin humo (la vela en vez de la lámpara romana). Era necesario mantener permanentemente las condiciones del hogar y la mujer fue el símbolo del hogar por ser la que cuidaba de él. Ella era la que esperaba a los que realizaban labores fuera de la casa, la que cuidaba y mantenía el hogar, la que preparaba la comida, o dirigía a los que cuidaban de la limpieza y de la comida.

La técnica y los inventos medievales crearon el hogar; la técnica moderna, al crear la maquinaria y los productos que sustituyen ese trabajo hogareño, ha eliminado las condiciones del hogar y, con ello, las de la familia tradicional. El amor a la madre, que cuida de los hijos y espera al esposo, y el respeto al padre, que estaba gran parte del día fuera de casa y aporta los medios de subsistencia, eran la base de la familia tradicional. Actualmente, las condiciones han variado y la mujer ya no es la cuidadora del hogar y la que está permanentemente en la casa; tampoco el padre tiene la aureola del que es esperado y del que tiene la capacidad de ganar; ya no es el que inspira respeto y, en ocasiones, temor, pues los hijos no ven a la

madre esperando diariamente su llegada, ya que ésta también trabaja fuera de casa y, además, los niños tanto en casa, con la televisión, como en las revistas infantiles, tienen como entretenimiento historias de héroes y seres extraordinarios, como superman o astronautas, y ven en el padre un pobre hombre con un oficio insignificante y poco heroico; es contador, albañil o profesor y no realiza ninguna hazaña. Tampoco es esperado ni recibido como jefe de la familia y los aportes que hace nadie repara en ellos, pues resultan una rutina obligatoria. A pesar de todo esto, el mundo occidental todavía sigue viviendo en la tradición de lo que era la familia, pero ésta ha desaparecido, es algo inestable que puede deshacerse en cualquier momento. La clásica institución familiar no se adapta al mundo surgido del maquinismo industrial, pero no ha sido sustituida por otra. Esta es una de las críticas que se hacen a la técnica y frente a esta situación surge la pregunta: ¿Surgirá otro tipo de institución adecuada al mundo técnico o seguirá el antiguo esquema familiar con su inestabilidad actual?

Fuera del servicio doméstico, cuya desaparición total parece estar cercana como consecuencia de la técnica, hay también otras profesiones que se han hecho innecesarias por el mismo motivo, pero que persisten y aun se acrecienta el número de personas que viven de ellas. Una de éstas es la diplomacia. Hasta hace poco tiempo el diplomático era el representante, con plenos poderes, de un Estado ante otro y tenía que tener los conocimientos, la inteligencia y la sagacidad para negociar y resolver los problemas que se presentaban entre su Gobierno y el del Estado en que ejercía su función, o también entre éste y personas que comerciaban o tenían alguna clase de relación con su país, pues, por el tiempo que tardaban en llegar las comunicaciones de un país a otro, se hacía necesario que el diplomático tomara muchas resoluciones e iniciativas frente a las situaciones que se presentaban. Hoy, con los medios de comunicación existentes, puede recibir las instrucciones de su Gobierno en minutos y, por eso, resulta un mero mensajero entre dos gobiernos. Es el intermediario de conversaciones que podían realizarse directamente entre los funcionarios que deciden en los dos países, por teléfono o radio, o de decisiones que también pueden comunicarse directamente. Por eso, hoy diplomático es cualquiera, aun cuando la profesión no haya perdido, aparentemente, su prestigio y, en la mayoría de los países, aumenta cada año el número de personas que integran la diplomacia, pues es un puesto cómodo, fácil y de prestigio para el que no se requiere ninguna preparación, ya que no puede cometer equivocaciones en los asuntos oficiales si se atiene a cumplir las instrucciones que recibe, sino que sólo podrá censurársele por comportamiento inadecuado.

Otros muchos ejemplos se podrían poner sobre situaciones actuales que lógicamente son consecuencia de la técnica contemporánea en lo referente a alteración de instituciones sociales, políticas y económicas, así como a la desaparición o nacimiento de profesiones; también se presenta el aspecto ilógico de que sigan vigentes estructuras, instituciones y oficios que por los efectos de la técnica resultan caducos e inadecuados. En esto quizás se encuentra el fundamento de la crisis del mundo actual, pues parece evidente que en nuestra época se ha de producir el fin de muchas cosas

consideradas como sagradas y permanentes, las que están aun vigentes sin vigor, el principio de algo que aún es incierto por no ser conscientemente querido, pero considero que las costumbres, instituciones y profesiones del mundo futuro deberán adaptarse a las nuevas bases materiales que han surgido de la técnica, pues toda estructura real —también la social— tiene su fundamento y apoyo en lo material.

Creo que la inestabilidad y la crisis actuales se terminarán cuando se cambien los **antis** por los **pros**, pues el hombre actual sabe lo que no quiere. En política se ve claro, en la mayoría de los casos, lo que cada organización repudia, lo que no quiere, pero no resulta tan manifiesto saber que lo que quiere; en las consignas políticas de cualquier partido, al menos en esta parte del mundo, priman los **no**, los **anti**.

TRANSFORMACION DEL HOMBRE POR LA TECNICA

El hombre, por medio de la técnica, ha transformado el mundo, pero este mundo ha transformado, a su vez, al hombre. El cambio experimentado por el hombre quizás sea más profundo que el de su ambiente, aun cuando por no consistir en un cambio en la forma humana no sea perceptible sensiblemente, pero este cambio sufrido por el hombre resulta más inexplicable que las máquinas y la fabricación técnica.

Imaginemos que se resucitara a un hombre culto, muerto hacia fines del siglo pasado; este hombre sentiría un asombro inmediato por lo que ve, por los adelantos que la técnica ha logrado. El avión, la radio, la televisión, los automóviles, los sputniks, la bomba atómica, las máquinas automáticas, etc., le causarían un impacto inmediato y consideraría que el mundo ha experimentado un avance extraordinario, que el mundo ha mejorado y que la técnica ha transformado el mundo en otro mucho mejor que aquel en el que vivió antes. Con la percepción de los cambios materiales sólo es posible una valoración positiva de la técnica. Ahora bien, como ese hombre tenía la cultura científica de hace unos setenta años, en poco tiempo y con las explicaciones del caso, comprendería los fundamentos científicos de los adelantos técnicos y lo que primeramente fue tomado como algo asombroso y extraordinario terminaría por considerarlo como la consecuencia lógica de aplicar a la práctica los conocimientos científicos conseguidos durante el proceso de evolución del saber humano y que, en su mayoría, formaban parte de la cultura científica de su época.

En cambio, aun cuando tardaría más tiempo en percibir la transformación experimentada por el hombre y la sociedad, cuando empezara a darse cuenta del modo de sentir y actuar de los hombres de hoy notaría el enorme cambio que se ha producido con relación a su época. Percibiría pronto el cambio que ha sufrido el mundo en lo que se refiere a las complicaciones de la vida colectiva y de trabajo, de los cambios que han experimentado las aspiraciones y deseos de los hombres, de los fines que se propone, del eudemonismo social reinante y de la pérdida de objetivos finales, el hacer de los medios fines; de los ideales —o falta de ideales— de los jóvenes, con sus consecuencias sociales —o antisociales— de la juventud y de

la política de acciones y consignas; la inseguridad de la vida familiar, con divorcios, anulaciones de matrimonios, uniones al margen de la ley, o de otras normas, y de adulterios, tácita o expresamente consentidos, en muchas ocasiones, por el otro cónyuge y por la sociedad, pues el adulterio, como dice Jiménez de Asúa, es un delito arcaico. La revolución sexual de nuestra época contrastaría con la vida sexual de la suya, pues el honor de la mujer ya no radica en el sexo y las relaciones sexuales han dejado de ser pecaminosas e inmorales y no sólo en las relaciones entre hombres y mujeres, sino en la tolerancia del homosexualismo y la reclamación pública de hacer la vida sexual que cada uno desee; el cambio de las relaciones entre padres e hijos con la independencia de los hijos y el predominio de las costumbres que imponen las nuevas generaciones, la movilidad y carencia de estatus social y la falta de previsión en lo que se refiere al futuro. La falta de solidez de las monedas para poder determinar su poder adquisitivo dentro de unos años o aun de unos meses y, por este motivo, la ineffectividad de todo ahorro. Todos estos problemas y aspectos del comportamiento humano, y los cambios que han experimentado las costumbres sociales no se los podríamos explicar a ese hombre venido del siglo XIX, pues ignoramos por qué se ha producido esta actitud y si es consecuencia del maquinismo o tiene otras causas. La adaptación de ese hombre al ambiente emotivo y al comportamiento de los hombres de nuestro tiempo sería mucho más difícil que al mundo técnico propiamente tal, pues fácilmente se adaptaría a usar los aparatos y servicios que proporciona la técnica, pero formado en otro ambiente y acostumbrado a otras actitudes vitales y de relación con los demás, su incorporación a la sociedad actual sería mucho más difícil, pues como no viviría en su ambiente tendría que adaptarse a uno diferente y probablemente resultaría un inadaptado, pues su espíritu fue conformado por otro espíritu colectivo y de acuerdo con otros valores y actitudes.

Podemos preguntar qué es lo que le ocasionaría más extrañeza ver volar un avión o ver a una pareja, en un lugar concurrido, estrechamente abrazada y besándose ante todo el mundo, aun ante sus profesores; ver la televisión o a unos alumnos entrar a clases en una Universidad descalzos, en camisa y con los vestidos rotos y manchados y verlos poner los pies encima del pupitre mientras el profesor sigue su clase sin inmutarse.

Ahora bien, no todas las actitudes vitales y cambios de costumbres son consecuencia de la técnica, al menos no nos parece lógicamente evidente que muchas de las costumbres en uso sean consecuencia de la técnica como lo es, para mí, la inestabilidad familiar y la inflación monetaria en todos los países, pues resulta lógico que una sociedad de consumo aumente lo que sirve de medio para la adquisición de los bienes producidos por la técnica, esto es, aumente la cantidad de dinero circulante.

ADVERSARIOS DE LA TECNICA

Naturalmente, que hay quien considera que la técnica sólo ha ocasionado males y que el hombre estaría mejor en un mundo sin máquinas, o al menos, en un mundo no sometido a la técnica y a los tecnócratas. Siempre ha de haber quien, por querer ser original o por afán de contradicción, con-

sidere malo lo que todo el mundo acepta como bueno y hay también quienes buscando lo perfecto ven sólo los defectos e inconvenientes de la técnica. Afortunadamente, el hombre siempre tendrá ante sí muchos errores que corregir y muchos males que suprimir, así como también toda obra humana será susceptible de ser mejorada, pues la imperfección está en todo lo humano y hasta en toda realidad y si el mundo fuera perfecto la acción humana no tendría sentido, pues lo perfecto es, precisamente, lo que no puede ser mejorado y, por eso, con la acción sólo se podría empeorar el mundo, nunca mejorarlo. El que el hombre al intentar mejorar algo, en algunos casos, lo empeore o que el mejorar una cosa empeore otras es el signo de la supremacía del ser libre, del ser que se equivoca y que siempre tendrá algo que corregir y que mejorar. En un mundo perfecto sólo tendría sentido la contemplación, no la acción.

Salvo raras excepciones, las censuras que se hacen a la técnica no son a ésta en sí misma o a su función de crear artículos de uso y consumo, de llegar a una vida que, con la máquina, haga más fácil el trabajo y de más comodidades, sino que las críticas se relacionan con las consecuencias que en el mundo se han producido en aspectos que no son técnicos; es acerca del influjo de la técnica en valores que no son de utilidad. Es como una añoranza de formas de vida del pasado al considerar que la técnica ha ocasionado la supresión de valores que tienen que ver con la dignidad humana o que ha disminuido la estimación de lo importante al desplazarse las preferencias hacia lo útil.

Las críticas fundadas en que la técnica ha hecho al hombre más infeliz, menos libre y peor moralmente que lo que era en períodos anteriores de la cultura humanística las analizaremos al tratar de estos aspectos y su relación con la técnica, aun cuando preguntas de tipo valorativo, como las que surgen en estos campos, no pueden responderse objetivamente.

Una curiosa actitud es la de menospreciar la técnica por motivos culturales, que ha sido característica de los intelectuales españoles. El considerar que el hombre de nuestro siglo es mucho menos culto que el del siglo pasado o que el del XVIII como dice Ortega, así como su frase tan repetida, sobre todo en estas tierras americanas, de "los bárbaros técnicos" y que tiene su extremo en el despectivo grito unamunesco "que inventen ellos". Zubiri también sostiene opiniones similares al decir que "la función intelectual no tiene lugar definido en el mundo actual. No, ciertamente, por falta de interés, sino porque esta función se ha convertido en una especie de secreción de verdades, vengan de donde vinieren y versen sobre lo que versaren. Ante este diluvio de conocimientos positivos, el mundo comienza a realizar una peligrosa criba de verdades, fundada precisamente sobre el presunto interés que ofrecen, interés que se torna pronto en **utilidad** inmediata. La función intelectual se mide tan sólo por su utilidad, y se tiende a eliminar el resto como simple **curiosidad**. De esta suerte la ciencia se va haciendo cada vez más una técnica.

"Esto que pudiera parecer nada más que penoso, es, en realidad, algo más hondo. Este mundo que se mide así por su utilidad, comienza a perder progresivamente la conciencia de sus fines, es decir, comienza a no saber lo que quiere. Y entonces sobreviene todo ese ensordecedor clamoreo en torno,

en pro y en contra del 'intelectual', porque, en realidad, este mundo no sabe dónde va. En lugar de un **mundo** tenemos un **caos**, y en él la función intelectual vaga también caóticamente"(2). Zubiri llega hasta considerar que es un imperativo de nuestra época restaurar la vida intelectual que ha desaparecido en el mundo técnico. He querido hacer notar esta actitud por tratarse de nombres seños del pensamiento español. Evidentemente, no es exclusiva de los españoles, pues es demasiado conocido el impacto de la obra de Spengler que considera la técnica y la civilización como una decadencia; lo que sí me parece típico español es el enorgullecerse de lo que no se tiene, el presumir de lo que no se es como se hace en el grito de Unamuno. Al volver a España después de más de treinta años he notado que los españoles están ahora orgullosos de su industrialización y progreso técnico y se habla mucho de la necesidad de superar la distancia que nos separa de los países europeos más desarrollados, así como de los años que sobrepasa industrialmente España a algunos países americanos, que, según se afirma, tenían hasta hace poco un progreso técnico mayor que el español. Este lenguaje es muy distinto del de antaño, pues ya no hay que justificar, aun cuando sea sólo con frases despectivas, la carencia de una técnica propia.

Pero hay algunos pensadores que consideran que la técnica va contra sí misma y que terminará por destruir la salud, agotar los alimentos y la materia prima de que se abastece la industria, con lo que la técnica terminará destruyéndose a sí misma. Los problemas de la contaminación atmosférica y de las aguas de ríos y mares, así como todos los problemas que se encierran bajo el término ecología son demasiado actuales y conocidos. Pero nada de esto indica que la técnica haya fracasado en cuanto técnica, lo que es también sostenido por algunos. Un ejemplo lo encontramos en el libro de Friedrich Georg Jünger "Perfección y fracaso de la técnica", en el que sólo ve perjuicios y males en la técnica y en los tecnócratas. Dice que "aun el más mínimo proceso de trabajo técnico gasta más energía que la que produce" ... "De ningún modo es lícito sostener que por mediación de la técnica puedan llegar riquezas. Lo que se produce es más bien un consumo constante, siempre creciente, cada vez más gigantesco" ... "La técnica llena de humo el aire, infesta las aguas, destruye bosques y animales. Conduce a un estado en el cual la naturaleza debe ser 'protegida' de la mente racional mediante el recurso de aislar, cercar, poner entre rejas grandes partes del paisaje, marcándolas con un tabú de museo" ... "La técnica no crea riqueza, gasta la ya existente con su explotación, una explotación agotadora, vale decir, ejecutada de una manera que carece de racionalidad, pero con métodos de trabajo racionales. Al progresar, va exterminando la existencia de la que depende"(3).

Es evidente que la técnica, como toda obra humana, tiene defectos y ocasiona perjuicios, pero lo fundamental es que los beneficios y comodidades que la técnica proporciona al hombre son notoriamente superiores a los

(2) Xavier Zubiri: "Nuestra situación intelectual" en "Naturaleza, historia y Dios", pág. 22. Madrid 1944.

(3) Friedrich Georg Jünger: "Perfección y fracaso de la técnica". Págs. 19 y siguientes. Ed. Sur. Buenos Aires 1968.

perjuicios e incomodidades que acarrea. Esta alarma por el consumo de los productos de la naturaleza olvida que el hombre es la única riqueza efectiva de los pueblos y que los recursos de la naturaleza sólo son útiles si hay quien los utilice. El carbón, el petróleo, etc., sólo son valiosos por la técnica que los aprovecha y sería un contrasentido no explotarlos porque se pueden agotar, otra cosa es usarlos racionalmente porque estas reservas no son renovables, pero también la técnica ha encontrado otros tipos de energía, como la electricidad, que son prácticamente inagotables. Por otra parte, no se han agotados estas materias y lo que se teme es que se agoten en el futuro y es tarea de la técnica encontrar los substitutos de los materiales que no se renuevan, cosa que ya ha sucedido con muchos descubrimientos como los plásticos, con los que se sustituye a muchas cosas. Creo que ninguno de los aspectos negativos de la técnica ni ninguna crítica puede ocultar el hecho del poder actual del hombre sobre el medio natural y de las comodidades que la técnica proporciona al hombre.

AUMENTO DEL TIEMPO OCIOSO

Hay una consecuencia de la técnica que tiene especial interés para el tema que nos ocupa y es el aumento del tiempo libre de que disponen los trabajadores. La máquina ha ido sustituyendo el esfuerzo humano y de ese modo se ha ido reduciendo cada vez más el tiempo de la jornada de trabajo y han aumentado también los días de descanso. La esclavitud, decía Aristóteles, existirá hasta que los arados aren por sí solos y los telares tejan por sí solos. La liberación del hombre de la esclavitud del trabajo parecería ser consecuencia natural de la técnica y el hombre de nuestro mundo técnico debería estar en condiciones de ser libre, de estar redimido de la esclavitud del trabajo, pues los arados aran por sí solos o, al menos, una máquina conducida por un solo hombre hace el trabajo, para él antes se necesitaban decenas de hombres y de animales y también los telares tejen por sí solos. El que el hombre tenga ahora que cuidar de la máquina y resulte, en parte, sometido a ella, el que, como suele decirse, sea esclavo de la máquina, no es óbice para que su tiempo libre sea mucho mayor. El acuñar frases resulta muy expresivo, pero frecuentemente distorsionan los hechos, como en este caso, pues aquí no hay un amo que ordena y se siente amo, ya que la máquina no tiene intenciones y son los dueños de la máquina los que ordenan.

La producción en serie ha ocasionado problemas especiales de trabajo y han surgido los técnicos en organización del trabajo, los especialistas en hacer producir al máximo durante el tiempo que dura el trabajo. Pero pocos se han ocupado de cómo se ha de emplear el tiempo libre que la máquina va dejando al hombre, el tiempo que no tiene que dedicar a la producción, a ganarse la vida.

El hombre tiene que vivir permanentemente ocupado y preocupado, al menos, fuera de las horas que dedica al descanso. Desde la época en que el hombre tenía que vivir en estado de alerta, para defenderse de los peligros que él y sus hijos corrían, y en acecho, para buscar y apoderarse de la presa necesaria para su sustento, se ha habituado a que su vida sea un cons-

tante quehacer. La utilización del fuego, que fue una de las primeras conquistas técnicas y quizás la de mayor importancia, le permitió un reposo sin zozobras y un ocio, un tiempo libre de los apremios vitales, que ha sido probablemente el determinante de su formación espiritual, que es la característica peculiar de lo que llamamos hombre; ese tiempo ocioso es el que le ha permitido cambiar experiencias con los componentes de su grupo, fuera éste familiar o más amplio, el que le permitió crear signos de comunicación para transmitir sus vivencias, lo que ha hecho que el hombre sea un animal que habla, lo que supone que es capaz de formar ideas y de adquirir conocimientos, así como de transmitir sus ideas y conocimientos —naturalmente, también sus errores— a otros hombres.

Creo que la mayoría de los hombres han ambicionado siempre llegar a tener una vida ociosa, aun cuando sea costumbre alabar el trabajo y ensalzar las virtudes de una vida laboriosa y se considere al ocio como madre de todos los vicios. Fumar, beber, jugar, drogarse y hasta robar son consecuencia de las tentaciones a que está expuesto el que no tiene nada que hacer. Pero parece ser que la gran ambición de la mayoría de los hombres es llegar a una vida en la que pueda gozar de los vicios y privarse de las sobrias virtudes que da una vida llena de trabajo y sin ocio. Los vicios suelen ser más atractivos que las virtudes.

Según desde la perspectiva en que tomemos el ocio éste puede ser considerado como causa de todos los vicios y de los males que éstos acarrean; desde otra es el que ha dado lugar a la vida intelectual y a las grandes creaciones humanas, pues como decía Aristóteles es necesario dejar a los hombres superiores el tiempo libre para dedicarlo a las nobles actividades que proporciona el ocio. Estos dos puntos de vista son contradictorios, pues desde esta segunda perspectiva cuanto más tiempo libre se disponga se podrán realizar mayores actividades nobles; desde el primero, el ocio sólo servirá para aumentar los vicios y los males de los hombres.

Hay quien considera que uno de los grandes males de la técnica está en los perjuicios que ocasiona el que el trabajador disponga de mucho tiempo libre. Friedrich Georg Jünger señala: "existe una creencia muy difundida que dice que la técnica libera de tareas al hombre y que éste, gracias a esta disminución de trabajo, ganará un ocio y verá favorecidas sus ocupaciones libres. Esta creencia ha tomado en mucha gente un carácter incombustible que desecha todo examen; por otra parte, se siente que esa fe —allí donde se transparenta— pertenece a los fundamentos que sustentan y justifican el progreso técnico y que aseguran una concepción optimista del futuro. Se entiende que una mecánica que no redunde en beneficio del hombre no puede satisfacer mentalmente a nadie y que también en este caso sea necesario que reine la confianza. Sin embargo se trata de una afirmación cuya solidez no está probada en absoluto y que no se toma más verosímil en virtud de la constante reiteración. El ocio y la ocupación libre son estados no accesibles a todo el mundo y que en sí mismos nada tienen que ver con la técnica. Un hombre liberado de tareas no se vuelve por ello apto para el ocio; un hombre que gana tiempo no gana con ello sin más la capacidad de emplear ese tiempo en ocupaciones libres. Pues el ocio no es, ciertamente, un mero no hacer nada, un estado que pueda ser determinado

negativamente; presupone más bien, si ha de ser fructífero, una vida inspirada y espiritual que le confiere sentido y dignidad. Un *otium sine dignitate* es hueca y vacua holgazanería... El ocio es la condición previa de todo pensamiento libre, de toda actividad libre. Por eso también es ínfimo el número de individuos capaces de asumirlo, pues la mayoría, cuando gana un sobrante de tiempo, no hace otra cosa que matarlo. Y no cualquiera ha nacido para una ocupación libre, pues si fuese así, otra sería la factura del mundo. Luego, aun cuando la técnica nos exonerá de tareas, ello no implica en modo alguno una garantía de que el tiempo ganado beneficiaría al hombre y de que éste lo utilizaría espiritualmente. El obrero desocupado, que no posee esa facultad, decae, puesto que no sabe qué hacer con el tiempo vacío que se le brinda. No sólo no puede utilizarlo, sino que además lo daña.”(4).

Esta posición aristocratizante parte del supuesto que sólo un grupo privilegiado usa debidamente el tiempo libre y, por tanto, sólo él tiene derecho a usarlo, pues el trabajador no sabe qué hacer con ese tiempo, no sabe ser ocioso. Pero ¿Cómo se hace la selección de esos algunos que tienen la capacidad? Parece que aquí se confía en una selección natural, pero considero que si no se da a nadie tiempo libre, no habrá nadie que demuestre capacidad para usarlo, pues no habría quién dispusiera de ese tiempo libre para usarlo; en cambio, si se da a muchos, o a todos, algunos podrán llegar a ser ociosos en ese sentido positivo. Sucedería aquí algo parecido a lo que pasa en las Universidades y es que fuera de sus tareas docentes los profesores disponen de un tiempo libre, el que se supone dedican a la investigación científica. En realidad hay Universidades donde son pocos los que realizan una verdadera investigación científica, pero si a nadie se le diera tiempo libre no habría quién se pudiera formar y capacitar para las labores de investigación. Por eso es preferible darle ese tiempo libre a todos que a ninguno o establecer privilegios que, en muchos casos, resultarían arbitrarios. En toda selección se pierde un gran número de individuos; en la selección para tareas culturales u ociosas sucede lo mismo.

No considero que sea censurable el que el trabajador no emplee su tiempo libre en tareas culturales o en esas nobles actividades que proporciona el ocio. El que no haga nada, o que simplemente mate el tiempo no perjudica a nadie y no se debe tratar siempre de buscar un beneficio, aun cuando éste no sea utilitario. Para mí el problema se encuentra en el hecho de que el hombre, por lo general, no puede estar sin hacer nada y, por eso, su acción libre, que es la que no es productiva o útil, debe tenderse a que no sea perjudicial y que sea simplemente inútil.

Se ha sostenido también que, en nuestro mundo técnico, el tiempo libre que deja la máquina queda compensado con el que hay que gastar en ir y volver al trabajo y en los infinitos trámites burocráticos a que se encuentra sometido el hombre actual; hay que hacer trámites y cálculos para pagar impuestos, para obtener y renovar pasaportes y otros documentos de identidad, para conseguir los documentos y certificaciones para obtener empleo, jubilarse y viajar fuera del país etc.; también emplea mucho tiempo

(4) Ob. cit. — págs. 9 y 10.

en hacer cola para tomar la locomoción colectiva o buscar espacio para estacionar el automóvil, así como también tiene que hacer colas para ir a un espectáculo y hasta para inscribir a sus hijos en el Colegio. La lista que se puede hacer en este sentido es impresionante, pero no es para todos ni en todos los días y es notoriamente exagerado afirmar que en estos trámites burocráticos, o de otro tipo, se va el tiempo libre.

El que la jornada de trabajo ha disminuido se comprueba por lo lejano que nos parece que están los tiempos en que era uno de los puntos fundamentales de un programa socialista la consecución de la jornada de ocho horas y hoy nos parecería infantil y anacrónico un estribillo de los primeros socialistas españoles: "Si quieres ver al burgués rabiar y patalear pídele ocho horas de trabajo y aumento de jornal". Hoy el tener dos días libres a la semana y una jornada de siete horas o menos es frecuente en los países desarrollado y aun para muchas actividades en los que no lo son. Aunque por motivos sociales y por la desocupación que se produciría, no se han empleado todos los recursos técnicos que haría que se redujera mucho más aún el número de horas de trabajo de los obreros, es indiscutible que la mayoría de los trabajadores disponen de mucho más tiempo que perder o que llenar con actividades no productivas y no remunerativas que el que disponían en otras épocas.

Es un hecho evidente que actualmente existen en todos los países multitud de negocios e industrias destinados a que los hombres gasten su tiempo libre. Restaurantes, bares, teatros, cines, espectáculos deportivos, así como industrias y comercios para radios, televisores y tocadiscos y también la cantidad de revistas y crucigramas etc. que se publican son clara expresión de la cantidad de trabajo que se emplea para que los hombres puedan gastar el tiempo libre de su trabajo. El que con este tiempo libre se haga negocio y el que la mayoría de los hombres sólo sepan gastar su tiempo gastando también su dinero es otra característica de la sociedad de consumo dominada por el signo de la utilidad.

El aumento del tiempo ocioso puede ser un bien o un mal, según el empleo que se dé a ese tiempo. Dejar que el negocio acapare el ocio resulta un contrasentido, pues el negocio es la negación del ocio, aun cuando el negocio no lo hacen los ociosos, sino que se hace a costa de los ociosos. Pero esto sería si se da a la palabra ocio sólo un sentido positivo, el de tiempo dedicado a las nobles actividades, pero en la mayoría de los hombres el tiempo libre no se emplea en tareas espirituales no remunerativas, sino que lo emplean en distraerse, aburrirse o gastarlo de algún modo y aun los hombres que se dedican a esas tareas que en otra época fueron sólo ociosas, no están las 24 horas del día en actitud de investigador, de escritor o de artista, sino que también gastan su tiempo en distraerse o en no hacer nada. Pero lo que es digno de notar en nuestra época, en que todo se planifica, es que falta una planificación para diversificar el tiempo libre y no dejar, como sucede hasta ahora, que sea sólo el negocio el que aproveche el ocio.

Uno de los mayores inconvenientes para que el ocio no se devíe hacia actividades utilitarias o perjudiciales se encuentra en el desprecio que el hombre del mundo técnico tiene por lo inútil al interrogar siempre y sobre todo por el ¿para qué? o más expresamente ¿para qué sirve?

¿QUÉ ES LO INUTIL?

Es necesario en primer lugar saber que es lo inútil para intentar una rehabilitación de esta palabra. Probablemente el desprecio de nuestro tiempo por lo inútil, proviene de no haber intentado los hombres contestarse la pregunta: ¿qué es lo inútil? Vamos a planteárnosla nosotros, porque siempre la pregunta debe ser anterior a la respuesta, el problema anterior a su solución. Lo primero que encontramos es que la pregunta ¿qué es una cosa? o ¿qué no es una cosa? pide una definición, decir qué es esa cosa, dar el concepto de la cosa. Para dar una definición, según la fórmula más aceptada, es necesario elevarse al género próximo, al género inmediato superior, señalando después la diferencia específica, o sea, lo que distingue la especie que tratamos de definir de las otras especies que caen bajo ese género. ¿Hay algún género inmediato superior a lo inútil? evidentemente lo hay, es el que agrupa en sí tanto lo que es útil como lo que es inútil. Pero este género inmediato superior no puede ser más que todo, porque de todo lo existente podemos decir que es útil o inútil; luego el género inmediato superior a lo inútil es el más superior que existe, o sea, todo. Si ya sabemos que todo es el género inmediato superior de lo inútil, debemos preguntarnos: ¿Hay una diferencia específica para distinguir lo inútil de las otras cosas que están incluidas en el concepto "todo"? También hay esa diferencia específica porque en "todo" podemos distinguir lo que es inútil de lo que es útil. Podemos decir que lo inútil se diferencia de lo útil por el servicio que presta, porque lo útil es lo que sirve y lo inútil diciendo que "Lo inútil es todo lo que no sirve". Pero al preguntarnos ¿qué es lo que no sirve?, siguiendo las mismas normas de definición que hemos empleado podemos decir que "lo que no sirve es todo lo inútil". Así nos encerramos en un círculo vicioso, ya que decimos que lo inútil es lo que no sirve, y lo que no sirve es lo inútil. Y es que la definición de lo inútil, como todas las definiciones, es una tautología, o sea, decir lo mismo. La definición no nos ha dicho nada nuevo, nada que no supiéramos con anterioridad. Por eso, después de definir lo inútil, nos encontramos que no tenemos un nuevo conocimiento, sino otras palabras para decir lo mismo. Pero lo que buscábamos al hacernos la pregunta, ¿qué es lo inútil?, no era una nueva forma de expresión, sino saber cuales son las cosas inútiles. Por tanto, la pregunta que auténticamente queríamos hacernos era: ¿cuáles son las cosas inútiles? o mejor ¿quién o quiénes son inútiles? La respuesta a esta pregunta no requiere una definición, decir qué es lo inútil, sino un señalamiento, decir quién es inútil. Esta es la pregunta correcta, la que en realidad queríamos hacernos, y debemos intentar contestarla analizando entre los innumerables objetos existentes, entre los que hay en el mundo, en mi mundo, cuáles o quiénes son los inútiles.

Empezaremos la búsqueda por el sentido más vulgar y corriente que se da a las palabras es inútil o es inservible. Es decir, la búsqueda la haremos hacia abajo, entre lo más insignificante, entre lo que consideramos menos importante, pues lo inútil, lo inservible, en el significado más corriente de esta expresión, creemos se encuentra en los estratos más bajos e inferiores del mundo de los objetos, de lo que hay en mi mundo. Empleamos frecuen-

temente las expresiones es inútil, no me o no sirve para nada. Lo que digo que no me sirve lo considero inútil sólo de un modo relativo, ya que no afirmo que no sirve a otros, sino que no me sirve a mí y debería afirmar, para ser exacto, que no me sirve ahora en mi posición actual y en el medio en que vivo, porque en otras condiciones, lo que ahora considero inservible, pudiera serme muy útil. Pero una cosa es afirmar que algo no me sirve y otra, totalmente distinta, que es totalmente inútil o que no sirve para nada. Ahora bien, lo que nos interesa es analizar aquellas cosas que yo afirmo que no sirven, o que no sirven para nada ni a nadie. Por ejemplo, se ha roto un vaso y digo a la empleada: tira esos vidrios que no sirven para nada, o bien digo que un vaso roto es una cosa inútil. ¿Son totalmente inútiles esos vidrios como yo afirmo? Si analizamos detenidamente para qué pueden servir unos vidrios rotos, comprobaremos que los vidrios podrían ser fundidos nuevamente y servir para hacer algún objeto, que también con esos trozos se podía raspar alguna cosa, que con ellos se puede cortar un hombre, es decir, sirven para cortar y, por último, cuando quiero que los tiren es porque donde están sirven para algo, para estorbar, por eso digo algunas veces esto estorba aquí, pero estorbar es servir para algo, pues las cosas pueden servir para algo positivo o para algo negativo, para agradar o para desagradar, para el bien o para el mal. Lo mismo que este caso podemos poner múltiples ejemplos, porque con mucha frecuencia me desprendo de cosas, me desposesiono de ciertos objetos por que considero que ya no son útiles, que ya no sirven por haber sido utilizados, ya que si se considerara que podrían ser útiles para alguien o servir para algo, se las daría a aquel a quien pudieran servir, o los emplearía en aquello para lo que sirven: Así, por ejemplo, tiro la colilla de mi cigarrillo porque creo, consciente o inconscientemente, que no sirve, pero indiscutiblemente puede tener utilidad, pues quizás otra persona que no tenga dinero la recogerá para fumar, y aunque nadie la recoja servirá, por lo menos, para ensuciar la calle, la habitación o el cenicero donde la dejo, es decir, servirá para dar trabajo al que tenga que limpiar la calle o el cenicero, y si nadie limpiara servirá para ensuciar. Además, si me he desprendido de esa colilla es porque conservarla me hubiera servido de molestia, y servir de molestia es también servir para algo. Otra de las cosas que se cita frecuentemente como inútil es una parte del organismo humano, el apéndice; ¿para qué sirve el apéndice? se suele preguntar y en esta pregunta va implícita la contestación de que es algo inútil, de que no sirve. He de confesar que desconozco si el apéndice desempeña una función positiva o beneficiosa en el organismo humano, pero desde luego sé que el apéndice sirve para algo, sirve para producir apendicitis.

Se puede arguir que algunas de estas cosas no sirven, pues su utilidad no es inmediata, actual, sino que estas cosas sólo tienen la posibilidad de servir. Desde luego, podemos distinguir una utilidad actual y una utilidad potencial, pues la utilidad, como la energía o la fuerza, no es sólo la que está manifiesta en el presente, sino la fuerza, energía o utilidad almacenada en el objeto y que puede manifestarse en el futuro. Así como decimos de un hombre que es fuerte, no porque esté manifestando su fuerza en el momento actual, sino porque en sí tiene la posibilidad de manifestarla, del

mismo modo podemos decir que un objeto es útil, no porque esté sirviendo en este momento, sino porque tiene en sí la posibilidad de servir. Podemos deducir que todas las cosas materiales sirven para algo y que hasta el más insignificante grano de arena tiene su papel en el mundo material. Además, ese insignificante grano de arena sirve para que metiéndose en un ojo me moleste terriblemente. Ya un refrán castellano dice: "a la casa aunque sea una piedra", significando que todo puede ser útil, y hasta útil de un modo positivo, puesto que todo lo material puede servir para beneficiar o para perjudicar, según las circunstancias y el modo de empleo; es más, una cosa puede servir, al mismo tiempo, para beneficiar y perjudicar, ya que en muchas ocasiones el perjudicar a uno es beneficiar a otro. Ejemplo claro de esto lo tenemos en las guerras en que lo más útil, lo que se considera que presta mayor servicio, lo que más sirve, es destruir, dañar, perjudicar a los otros, a los contrarios. En las guerras, y muchas veces también en política, el mayor bien para unos, consiste en ocasionar el mayor mal a otros. En estos casos lo que se considera como más beneficioso, como de más valor, es lo que más destruye, lo que mayores males puede occasionar.

LO UTIL Y LO IMPORTANTE

Sí, según lo que hemos expuesto, entre las cosas que vulgarmente consideramos como inservibles todo sirve, no encontramos nada que no sirva, es que estamos buscando mal, estamos buscando en un sitio donde no existe lo buscado. Debemos buscar por tanto, en otra parte, debemos emplear otro método en nuestra investigación. Seguiremos el método contrario en lugar de ir hacia lo más bajo, en lugar de ir de arriba hacia abajo, buscaremos de abajo hacia arriba, es decir, debemos tender ahora hacia lo más importante, en vez de hacia lo menos importante. Creo que este método es más adecuado, porque en nuestro lenguaje corriente lo que sirve es lo que tiene valor, es decir, el concepto valor va adscrito al de utilidad, es algo que adscribimos a la utilidad de las cosas. En este sentido, una cosa será tanto más valiosa, cuanto mayor utilidad reporte, cuanto más sirve. Ahora bien, en todo servicio hay dos partes: la que sirve, la cosa o persona que sirve, y a quien se sirve, la cosa o persona servida. Hay alguien o algo que es sirviente y alguien o algo que es servido. Lo que es servido es siempre más importante que lo que sirve, pues lo que sirve debe su importancia, únicamente, al servicio que presta. Como consecuencia lógica, lo que no sirve lo encontraremos allí donde termine la servidumbre, en aquello que no sirva, sino que únicamente sea servido.

En esa manía de contradecir que tenemos los filósofos decimos que lo que es útil, lo que en la vida ordinaria se considera que tiene valor, no vale. Lo que para la filosofía es valioso es lo que no sirve, lo inútil. En defensa de esta tesis podemos poner algunos ejemplos, podemos preguntar: ¿para qué sirve el dinero?, ¿por qué tiene valor el dinero? La respuesta es muy sencilla, el dinero tiene valor porque con él podemos adquirir vestidos, alimentos, etc., es decir, porque sirve para algo; luego este algo (vestidos, alimentos, etc.), tiene más valor que el dinero, puesto que el dinero debe su valor a

aquel para lo que sirve. Esto es lo que se sostiene en filosofía, o en algunas filosofías, que lo que tiene valor es aquello que vale en sí, aquello cuyo valor no lo debe a otro para el cual sirve. Pues el que debe lo que tiene no tiene nada propio, lo que tiene pertenece a otro. Así el objeto cuyo valor consiste en servir a otro, no tiene tal valor, puesto que este valor pertenece a ese otro. Pero lo único que tendrá este valor auténtico es aquello que no sirva a nada ni a nadie. Por tanto, podemos distinguir dos clases de valores: uno el valor en sentido vulgar, el valor que es un medio para la consecución de algo más valioso; otro el valor en sentido filosófico, que es el valor auténtico, el que si vale no vale porque sirve para conseguir algo, sino que vale en sí y por sí. A este último, al valor en sentido filosófico, le podríamos llamar valor en sí, y al valor medio, a lo que entendemos por valor en la vida corriente, valor en otro.

Para evitar confusiones entre el sentido filosófico y el vulgar de los términos valor y valioso, yo prefiero para designar lo que vale en sí los términos dignidad y digno, *axios* en griego, de donde proviene la palabra axiología, que traducimos por teoría del valor y que creo estaría mejor traducido por teoría de lo digno o teoría de la dignidad.

Ya sabemos, por tanto, dónde encontrar lo que no sirve. Lo inútil ha de ser algo tan importante que tenga un valor en sí y por sí; lo que no sirve es lo que es digno, lo que tiene dignidad. Nos sucedería algo parecido a lo que en otras épocas pasaba con las personas importantes, con la aristocracia, que como eran personas muy importantes, como eran personas con dignidad, no podían trabajar, no podían servir a nada ni a nadie, porque su dignidad se perdería o se rebajaría con el trabajo, con servir, con la servidumbre. Lo inútil es importante de ese modo, tiene tanta dignidad que ella le impide servir para nada ni a nadie. Lo digno es algo tan importante que no sirve, sino que únicamente es servido.

Todavía no sabemos qué cosas son las que no sirven, las que son inútiles, aún no hemos logrado señalarlas, pero ya sabemos que todas las cosas materiales pueden ser utensilios para, pueden ser útiles, puesto que pueden ser utilizadas. Además, hemos dado otro paso importante y es el haber encontrado un procedimiento para buscarlas, sabemos el camino por el que podemos llegar hasta lo que no sirve. El procedimiento consistirá en analizar la cosa de que se trate para ver si el mérito, el valor o la importancia de ella reside en el objeto mismo o en su utilidad, en el servicio que presta a otra. Si el mérito o el valor del objeto está en el mismo, esto es, tiene dignidad, es porque no sirve a ningún otro, y entonces habremos encontrado una de las cosas que buscábamos. Si, por el contrario, el mérito o valor de la cosa reside en servir a alguien o a algo, a algún otro objeto, este objeto es más importante y lo debemos someter a un nuevo análisis, hasta que ascendiendo de ese modo encontraremos lo que no sirve.

Analizaremos algunos de esos objetos importantes para el hombre como la felicidad, la libertad, la verdad, la filosofía, así como los sentimientos para ver si estos objetos son útiles y en este caso qué servicio prestan, o bien si no sirven. Dedicaremos posteriormente un capítulo a la inutilidad del arte.

LOS SENTIMIENTOS

Ya sabemos que entre las cosas del mundo material no hay nada que no sirva. Todo tiene su utilidad, positiva o negativa, según el empleo que les demos. Las cosas nos producen perjuicio o beneficio, agrado o molestia, sirven para agradarnos o desagradarnos —somos tan orgullosos que lo que sirve es sólo lo que nos sirve—. Pero el beneficio nos produce placer y el perjuicio, el daño, dolor. Ahora bien, el placer y el agrado, el dolor y la molestia ¿qué nos producen? ¿para qué nos sirven? No podemos decir que nos produzcan placer o agrado, dolor o molestia, que nos sirvan de placer o de agrado, de dolor o de molestia, porque cada uno de estos sentimientos son productos y un producto puede producir otra cosa pero no lo que ya es. Las cosas nos producen agrado o desagrado, placer o dolor, amor u odio, es decir, las cosas sirven para producirnos sentimientos. La mujer amada sirve para que la amemos, sirve para amarla, pero el amarla, el amor, ¿para qué sirve? Los sentimientos ¿para qué sirven?

Cuentan que estando Solón llorando la muerte de su hijo un pobre hombre le preguntó: "¿por qué lloras, si el llorar no sirve para nada?" y Solón que era un sabio respondió sabiamente: "Por eso precisamente lloro porque no sirve para nada".

¿Son los sentimientos algo importante en el hombre? Durante mucho tiempo se ha definido al hombre como un animal racional, sosteniendo que la razón era lo auténticamente humano y lo que debía tener supremacía sobre las otras facultades humanas. En algunas épocas de la historia los pensadores han sostenido, como los estoicos y epícureos, que los sentimientos debían ser eliminados, debía lucharse contra ellos, con el fin de que la razón fuera lo único que rigiera la vida del hombre. Unamuno dice sobre esto "El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se ha dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales lo diferencia sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso ría por dentro, pero por dentro acaso también resuelva ecuaciones de segundo grado".

Decirle a un hombre que no tenga sentimientos, que no tenga afectos, porque esto de nada sirve, es como decirle que no sea hombre, porque los sentimientos son emanaciones humanas, ya que ninguna cosa es para nosotros indiferente, todo lo que entra en nuestra vida influye en nuestro sentir. ¿Pero este sentir para qué sirve? La respuesta es más difícil que en el caso de las cosas materiales, parece que no encontramos nada para lo cual sirvan nuestros sentimientos.

La técnica también ha influido en nuestro modo de sentir, porque la técnica ha intervenido profundamente en nuestra vida. Los sentimientos son estados psíquicos que se producen como consecuencia del éxito o del fracaso de nuestros propósitos, de la consecución o el malogro de nuestros deseos, pues hay sentimientos de satisfacción y de frustración. Los sentimientos son estados anímicos acompañantes del conocimiento de hechos y acontecimientos y estados afectivos con referencia a personas, cosas y situaciones. La técnica no puede alterar el que el hombre sea un animal afectivo o sentimental, lo que ésta ha cambiado es aquello que nos afecta, así

como los modos de dar escape a nuestra carga afectiva. Podríamos decir que el hombre actual orientado por la utilidad, por lo económico, y otro tipo de valores como el respeto a los mayores o a los maestros, el amor, la pureza, el honor y la honra, esto es, los valores morales no provocan el impacto emocional que en otras épocas. Si el avión ha empequeñecido el mundo, la píldora ha empequeñecido los sentimientos de honradez femenina y ha suprimido el carácter pecaminoso de los actos sexuales, borrando prácticamente del Decálogo el sexto mandamiento. También ha empequeñecido las ilusiones, deseos y pasiones amorosas. Pero han sido los cambios de las costumbres, de lo moralmente permitido y prohibido, los que han determinados los cambios sentimentales. Más adelante analizaremos algunos aspectos de los cambios morales, así como el de lo que llamamos libertad y felicidad. Además, por ser los sentimientos un transcurrir temporal subjetivo, es difícil determinar el cambio de los sentimientos en cada hombre, ya que los valores afectan de modo diferente a cada persona, siendo, por eso, posible referirse sólo a los cambios de sentimientos en el espíritu colectivo.

LA VERDAD

Entre las acciones humanas, entre las direcciones que toma la actividad del hombre, hay una considerada como particularmente importante y es ese poder creador del hombre que llamamos ciencia. La técnica actual está fundada en la ciencia, es la aplicación utilitaria de la ciencia, pero la ciencia pura no es práctica y hay también conocimientos científicos que no son utilizables. Nos bastará señalar como ejemplo de ciencia inútil la Astronomía; para qué nos sirve conocer la distancia, composición química y densidad de una estrella que se encuentra a un millón de años luz de la tierra, ¿cómo podemos utilizar esos conocimientos? En casi todos los dominios científicos nos encontramos con conocimientos que no tienen ninguna aplicación práctica, que no son utilizables. Pero resulta también evidente que la técnica de hoy no existiría sin la ciencia y que el progreso científico es condición necesaria para el progreso técnico. El carácter utilitario de la ciencia lo encontramos no en la ciencia misma, sino en la técnica, que es su aplicación utilitaria. Nadie discute la importancia de la técnica, ni tampoco su utilidad, positiva o negativa, por tanto, ni la técnica ni la ciencia utilizada técnicamente son inútiles, al contrario, son los mayores utensilios de que ha podido disponer el hombre.

En nuestros días tampoco discute nadie la importancia de la ciencia, de la pura teoría, hasta el punto que, muy equivocadamente, se aplica mucho más frecuentemente el calificativo de sabio a un hombre de ciencia que a un hombre de cultura. Aplicamos con más frecuencia el calificativo de sabio al que sabe mucho de arañas o de moscas, aunque no sepa más que de la araña o de la mosca e ignore todo lo demás que al hombre que, sin ser un especialista, tiene una amplia cultura, que es que sería sabio en el sentido auténtico de la palabra, pues es el que sabe.

Decíamos que lo inútil era lo más importante, que tenía que ser algo tan elevado que no pueda rebajarse a la calidad de servidor. ¿Será la importancia de la ciencia tanta que no sirva para nada? Preguntemos ¿para qué sirve la

ciencia? No voy a dar personalmente la respuesta, sino que voy a dejar que responda por mí un científico. Hace algún tiempo escuche a una conocida personalidad de la ciudad de La Paz(1), un tanto científica y otro tanto técnica, decir que había dedicado su vida a dos cosas: una a la obra técnica de utilidad práctica; la otra a la investigación de la verdad en los laboratorios. Podríamos deducir de esto que la ciencia sirve a la verdad, sirve para encontrar la verdad. Claro está que la verdad no puede encontrarse en los laboratorios, ya que la verdad no puede encontrarse por medio de experimentos, pues la verdad es un concepto y no un hecho o una ley, que es lo que puede ser objeto de investigación científica. A lo que puede conducir la investigación científica es a la formulación de una verdad. Pero ¿Por qué es verdadera la formulación de una ley científica o la constatación de un hecho? Evidentemente porque tienen en sí la esencia de la verdad. Debemos preguntar en primer lugar ¿qué es la verdad? y sólo después ¿para qué sirve la verdad?

De la verdad podemos decir que no se puede buscar en los laboratorios, que no es objeto de investigación científica. La verdad se estudia en filosofía y, por cierto, ya no es necesario buscarla, porque hace mucho que se encontró, que se sabe qué es la verdad. La vieja fórmula escolástica **Adequatio intellectus et rei** (conformidad entre el pensamiento y la cosa), resolvió el problema acerca de ¿qué es la verdad? —aun cuando haya que dar a la palabra cosa un sentido amplio equivalente a ente, ya que el pensamiento puede referirse a un objeto que **onticamente** no se deba denominar cosa—. Pero, como sucede con toda fórmula general, la de la verdad no nos resuelve los casos particulares, no nos sirve para encontrar las verdades particulares. Por eso podemos decir que la verdad, el conocimiento de qué es la verdad, es tan inútil que ni siquiera sirve para saber cuándo un pensamiento es verdadero.

La verdad, por otro lado, la podemos analizar en contraposición a la falsedad, diciendo que la verdad es lo contrario a la falsedad. Pero con la falsedad nos sucede algo muy especial y es que así como cuando sabemos que un pensamiento es verdadero y efectivamente lo es tenemos una verdad, por el contrario, cuando sabemos que un pensamiento es falso no tenemos una falsedad sino una verdad, porque el conocimiento de que un pensamiento es falso, cuando efectivamente es así, es un conocimiento verdadero, una verdad y no una falsedad. Si contestamos a la pregunta ¿qué es la falsedad? diciendo que es la no conformidad del pensamiento con el objeto, decimos qué es la falsedad en general, pero esto no es una falsedad, sino una verdad. Si ahora preguntamos ¿para qué sirve la falsedad?, vemos que no podemos encontrar para qué sirve, pues, como en el caso de la verdad, es una fórmula general que no sirve ni siquiera para saber cuándo determinado pensamiento es verdadero o falso.

Ahora bien, los pensamientos enunciativos, los juicios, es lo único que puede ser verdadero o falso, por lo que cualquier verdad o falsedad particular tiene que encontrarse en una enunciación, en una afirmación o en una ne-

(1) Me refiero al español Vicente Burgaleta, Ingeniero Industrial y Dr. en Ciencias, quien fue durante muchos años Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad Mayor de San Andrés.

gación, hasta el punto que todo pensamiento enunciativo es siempre verdadero o falso. Pero los pensamientos no son utensilios, no son cosas que pueden ser usadas y manejadas, pues sólo lo material puede ser manipulado. Pero pudiéramos decir que los pensamientos verdaderos también son útiles, también prestan un servicio, pues sirven para conocer, ya que el conocimiento es la adquisición de verdades. Pero sólo aquellos conocimientos que pueden ser realizados, los que se objetivan por la acción, o sea, sólo las verdades que nos pueden guiar en nuestra acción sobre las cosas materiales pueden ser útiles. Hay ciencia que no puede aplicarse prácticamente, que no puede derivar en técnica, por no ser utilizable. Podríamos decir que en toda ciencia hay conocimientos que no son utilizables técnicamente y esto sucede precisamente en los aspectos más fundamentales de la ciencia, aun en casos en que una ciencia haya tenido grandes aplicaciones técnicas como en la física. "Si preguntamos a un físico —dice Hans Reichenbach— por qué se dedica a la física, difícil le será ofrecernos una respuesta ajustada" ... "Puede ser que la física sea provechosa o valiosa para la humanidad, pero lo más importante que acerca de ella se puede decir es que constituye una necesidad, que nace del interior del hombre, como el deseo de vivir o de jugar o el de buscar la compañía de los demás. Se trata del deseo de saber... Como me decía un gran profesor de física, no es más que el deseo de 'descubrirle su chiste a la naturaleza'." (2).

Nuestra época ha tratado, como dice Zubiri, de seleccionar las verdades por su utilidad y de promover aquella parte de la ciencia que desemboque en técnica, que sea útil. La investigación científica se ha orientado, fundamentalmente, hacia la técnica, hasta el punto que hay países, como sucede, o al menos sucedía hasta hace muy poco en Chile, en que un tanto por ciento del presupuesto nacional destinado a la investigación científica en las Universidades, tiene como condición legal para su empleo el que haya de destinarse a investigaciones que repercutan en la producción, esto es, sólo a investigaciones técnicas.

LA FILOSOFIA

Entre las cosas que el hombre hace, entre las actividades a que algunos se dedicaron y que todavía tienen algunos hombres, hay una particularmente interesante para el problema que estamos discutiendo; me refiero a la filosofía. Tiene interés la filosofía con relación a lo inútil, porque para unos la filosofía es algo muy importante, para otros, en cambio, la filosofía es algo totalmente inútil, algo que no sirve para nada. ¿No tendrán razón ambos? ¿No será la filosofía muy importante y a la vez inservible. Nosotros hemos afirmado que lo que no sirve está entre lo más importante, por tanto, la filosofía puede ser, a la vez, inútil e importante.

Veremos qué es la filosofía con el fin de averiguar si presta algún servicio o si, por el contrario, es inútil. Tomaré un concepto de la filosofía que he oído exponer con frecuencia; es la concepción de los filósofos científicos que defienden lo que pudiéramos llamar un nuevo positivismo, como los con-

(2) Hans Reichenbach: "Objetivos y métodos del conocimiento físico". Traducción de Eugenio Imaz. Págs. 15, 16 y 17. Ed. El Colegio. México 1945.

cidos con el nombre del Círculo de Viena. Según ellos la filosofía debe atenerse a los resultados obtenidos por la ciencia, entendiendo por tales las matemático-naturales; la misión de la filosofía ha de ser coordinar los resultados de las ciencias para presentarlos en un conjunto, en un todo armónico. La filosofía debe ser la ciencia de las ciencias, o mejor aún, para usar una frase que he oído emplear en una conferencia, la reina de las ciencias. Según esta concepción, la filosofía es, sin discusión, útil, sirve a la ciencia, pues aunque es elevada al rango de reina, lo es al de reina consorte, consorte con poca suerte, pues lo fundamental, quien manda es la ciencia, reduciéndose la filosofía al papel de servidor.

Pero es evidente que la filosofía no es esto, a la filosofía no le interesa, o le interesa de un modo accesorio, si la materia es un campo electromagnético o no, si hay una vacuna contra la tuberculosis o no. En cambio la moral, lo bueno y lo malo, la verdad y la falsedad etc., no tienen nada que ver con las ciencias físico-naturales y son los objetos que estudia la filosofía.

Definir es limitar, por eso, el conocimiento o la idea que tenemos de una ciencia no entran en nosotros por una definición, sino adentrándonos en sus problemas, es decir, estando en trato con ella, de manera que los problemas de la ciencia de que se trata entren en mi vida. Este entrar en mi vida se conoce en la actualidad con el nombre de vivencia. Para saber lo que es la filosofía es necesario tener la vivencia de la filosofía, vivir la filosofía, estar en trato con la filosofía. Nos sucede como con las mujeres, que hasta que no se vive con ellas no se las conoce. Pero aquí el trato que podemos tener con la filosofía es el de una simple presentación.

Me valdré de un ejemplo para hacer esta presentación y aclarar el concepto de vivencia. Yo he oido hablar de los bosques del Beni y del Mato Grosso, de cómo es un bosque tropical. Me han descrito su frondosidad, cómo son los árboles y las plantas que hay en ellos, la clase de animales que lo pueblan, etc. Si yo quiero saber más de estos bosques leeré libros que los describan, veré fotografías, etc. Pero sólo tendré una idea de lo que es el bosque; no he tenido la vivencia. Por ejemplo, una cosa es que me cuenten el calor que allí hace y otra muy distinta pasarlo, vivirlo. La vivencia del bosque la tendré solamente estando en él, viviendo en él, aun cuando sea solamente por unas horas o por unos minutos. Entonces, y sólo entonces, habré vivido en el bosque aunque sólo sea por poco tiempo y en algunas de sus partes; me quedarán muchos de sus lugares por conocer en ese sentido de vivirlos, pero siempre podré decir que he vivido, que he estado en un bosque. Este me habrá producido impresiones, y así cuando alguien me hable de un bosque, me diga qué es o cómo es un bosque tropical, yo consideraré que ese hombre me dice, o no, con exactitud, lo que es o cómo es un bosque, y en todo caso comprenderé la idea que me expone.

Igual nos sucede con la filosofía y, en general, con toda clase de conocimientos que para comprender lo que es la filosofía necesitamos antes entrar en ella, vivirla, tratarla, aunque sólo sea parcialmente y entonces con definición o sin ella comprenderemos lo que la filosofía es.

Poco o nada podemos adentrarnos ahora en esta selva inmensa que es la filosofía, no sólo porque tendríamos que desviarnos de nuestro tema que es

su utilidad o inutilidad, sino también porque al principio si nos adentramos profundamente nos puede pasar como en la selva auténtica, que nos podemos perder. En una selva para no perdernos tenemos que ir adentrándonos muy poco a poco, no perdiendo de vista, en los primeros momentos, el sitio por donde entramos, y sólo cuando ya estemos familiarizados con ese lugar podremos adentrarnos un poco más. Y para poder recorrerlo en todas direcciones es necesario estar muy familiarizado con cada uno de los lugares de la selva. Pues bien, la filosofía es selvática, las ciencias son como pueblos surgidos de esa selva, como la selva es primitiva, perdurable, frondosa y poco visitada, y también como la selva hay que recorrerla muy poco a poco hasta familiarizarnos con ella y adentrarnos con mucho cuidado, porque si nos perdemos y desorientamos en su interior nos será muy difícil salir, porque en la selva no tenemos a quién preguntar. En otras ciencias, como en las ciudades, podremos preguntar si nos perdemos, otros podrán orientarnos, en filosofía, como en la selva, no. De la filosofía, como de la selva, todos han oído hablar, muchos quisieron conocerla, pocos lo intentaron, y la mayor parte de los que lo intentaron no se adentraron en ella, por resultarle demasiado incómoda. Pero el que entró, y dentro de ella quedó prendado de sus encantos, a ella se ligó de por vida, la selva o la filosofía formó parte de su vida. El que cayó prendido en sus redes no pudo escapar jamás.

He dicho estas palabras como una excusa para no definir la filosofía. Adentrarse en la filosofía también resulta difícil por otros motivos, pues la filosofía trata de todo y de nada, del todo y de la nada, de la vida y de la muerte, de la verdad y de la falsedad, de lo bueno y de lo malo, de cosas tan contrarias y tan unidas que debemos separar con mucho cuidado para poder seguir avanzando.

Pero ¿para qué sirve la filosofía? Cuando se empezó a hablar en La Paz de crear una Facultad de Filosofía, que se iniciaría precisamente con la sección de Filosofía, pude notar que había dos clases de opiniones contrarias a su creación: unos que consideraban inútiles los estudios filosóficos y, por tanto, preguntaba ¿para qué crear Departamentos de Filosofía?; otros, ante el respeto que inspira lo desconocido, no se atreven a negar la utilidad y la conveniencia de los estudios filosóficos, pero consideraban que el ambiente de Bolivia no estaba preparado para especulaciones tan profundas. Sin tener en cuenta que estas especulaciones fueron las primeras de la humanidad.

Hablando de este mismo tema dos técnicos, aunque no muy bárbaros, preguntó uno al otro ¿para qué sirve en Bolivia una Facultad de Filosofía?, la contestación fue: Pues para hacer profesores de filosofía, en todas partes las facultades o los departamentos de filosofía sirven para eso solamente, para hacer profesores de filosofía. Si analizamos esta contestación veremos que, según ella, el aprender filosofía sirve para enseñarla y el enseñarla para aprenderla. Es decir, nos encerramos en un círculo vicioso, pues enseñamos para que otros aprendan y otros aprenden para enseñar. Y es que tienen razón los que consideran que la filosofía es inútil, que no sirve para nada.

No es la primera vez que un profesional de la filosofía destaca la inutilidad

de la filosofía, considerando que defender la inutilidad de la filosofía es defender su importancia. Hay dos figuras ilustres, Aristóteles y Ortega y Gasset, que han expuesto este punto de vista y que consideran que la grandeza de la filosofía va unida a su inutilidad. Aristóteles consideraba que la filosofía era la más importante y la más inútil de las ciencias, así dice: "Todas las demás ciencias son, por tanto, más necesarias que ella, pero ninguna la gana en importancia" y añade, en otra parte de su Metafísica: "Si los primeros filósofos filosofaron para librarse de la ignorancia, es evidente que se consagraron a la ciencia para saber y no por miras de utilidad"(3).

Ortega defiende este mismo punto de vista del siguiente modo: "La física sirve para muchas cosas, mientras que la filosofía no sirve para nada. Ya lo dijo, conste, un filósofo, el patrón de los filósofos, Aristóteles. Precisamente por eso yo soy filósofo: porque no sirve para nada serlo. La notoria 'inutilidad' de la filosofía es acaso el síntoma más favorable para que veamos en ella el verdadero conocimiento. Una cosa que sirve es una cosa que sirve para otra y en esa medida es servil. La filosofía, que es la vida auténtica, la vida poseyéndose a sí misma, no es útil para nada ajeno a ella misma. En ella el hombre es sólo siervo de sí mismo, lo cual quiere decir que sólo en ella el hombre es señor de sí mismo" (4).

Defender la inutilidad de la filosofía es defender su importancia, su dignidad. La filosofía es tan importante, tiene tanta dignidad, que no se trata con cualquier cosa, sino sólo con aquellas tan dignas que no rebajen su importancia.

Los problemas de la filosofía son tan trascendentales, tienen tanta trascendencia, que no trascienden; son tan interesantes, tienen tanto interés, que no interesan a nadie, y son tan importantes, tienen tanta importancia, que a nadie le importan.

LA LIBERTAD

Los sentimientos y el conocimiento, científico o filosófico, son algo que cada hombre tiene, algo personal, cualquiera que sea la influencia de la sociedad en la vida sentimental e intelectual de cada hombre. En cambio en la libertad, aun cuando sea un derecho individual, prima lo social, pues es un derecho que se tiene frente a los que ejercen el poder.

Nadie duda de lo importante que es la libertad, pues son muy pocos los hombres que no la consideran como de gran valor, al menos para cada hombre es muy importante su propia libertad.

¿Qué es la libertad? En definirla no hay coincidencia, pues, como sucede con las palabras que tienen significación política y que han cobrado prestigio popular, todo grupo u organización política y todos los gobernantes dicen defenderla, pero, en muchas ocasiones se da a esta palabra significados muy diferentes y hasta se da el caso que la interpretación que da de la libertad un partido sea la contraria que la del partido opositor y que lo que unos

(3) Aristóteles: "Metafísica". Cap. II. Naturaleza de la filosofía.

(4) José Ortega y Gasset: "Bronca en la física", en Obras Completas. Tomo V. pág. 287. Segunda Edición. Rev. de Occidente. Madrid 1951.

entienden por libertad sea para otros, precisamente, la privación de la libertad.

En primer lugar, se suele hablar de cuatro tipos de libertad: libertad física, civil, política y psicológica. La libertad física consiste en la posibilidad de mover sus propios miembros y transladarse de un lugar a otro y ésta no la tiene el paralítico ni el niño pequeño, tampoco la tiene el preso ni el que está recluido en un manicomio u otra institución similar. La inmadurez infantil o los defectos físicos ocasionados por una enfermedad nada tienen que ver con la privación de la libertad, pues sólo tiene sentido reclamar un derecho que se puede ejercer. La limitación de movimientos que se impone a los insanos o a los castigados por la ley se consideran necesarias en toda sociedad jurídicamente organizada, aun cuando se puede defender, como lo hace el anarquismo, la ilegitimidad del Estado para castigar los actos de un individuo, por considerar que todo poder coactivo es ilegítimo. Por todo esto, la libertad física no es nuestro problema, aun cuando para el paralítico y para el preso serían del máximo valor alcanzar esa libertad.

La llamada libertad psicológica se refiere al planteamiento de un problema filosófico y metafísico. Es la discusión acerca de si las decisiones del hombre están determinadas o son libres, o sea que pudieran haber sido diferentes de lo que fueron; es el problema acerca de la existencia de la libertad humana. Probablemente los otros tipos de libertad están subordinados a la existencia o inexistencia de la libertad personal de elección, pero no tiene sentido preguntar por la utilidad o servicio de esta libertad, pues, precisamente, lo que está en discusión es si se da esa libertad en los hombres.

La libertad civil, el que no haya hombres esclavos y que cada persona pueda disponer de sí misma y de su trabajo, está unida a una estructura social y, por tanto, depende de la política que domine en un territorio y una época. El esclavo, al no tener libertad civil, no puede tener libertad política, pues el que no puede disponer de sí mismo y de su trabajo y acción no puede tener libertad de reunión y de expresión. Es verdad que en una sociedad esclavista puede darse la libertad política de aquellos que no son esclavos y con mayor facultad de decisión en el dueño de esclavos que en que no lo es, pues el que manda en otros puede elegir por sí y por esos otros. Esto sucede en todo aquel que tiene un dominio sobre otros hombres, ya que, por coartar la libertad de otros, puede decidir cosas que no están al alcance de los que disponen sólo de sí mismos y de sus propios actos, no de los de otros. Pero el sentido de la libertad es universal, es el derecho a elegir de cada uno, es libertad para todos, lo que supone la supresión de todo tipo de esclavitud.

La libertad política es la facultad que tienen los hombres en un Estado, de poder emitir, sin temor a represalias, sus opiniones, sus críticas a los actos de gobierno o a las acciones públicas de otras personas, de reunirse y asociarse, de moverse libremente por el territorio nacional y poder salir y entrar en él, de creer en determinada religión o no creer en ninguna y poder manifestarlo sin temor. Todos estos derechos son los que defiende el liberalismo político. Se suele considerar que estas libertades individuales sólo se dan en un régimen democrático y que por tanto entre ellas debe es-

tar la de elegir libremente a los gobernantes o a los representantes para hacer las leyes, pero en un estricto sentido se pueden gozar de estas libertades sin esta facultad de elegir legisladores o gobernantes, pues teóricamente sin leyes y sin Gobierno el hombre sería más libre.

En toda sociedad hay limitaciones a la libertad individual. Evidentemente, cada hombre no hace ni dice siempre lo que quiere. El hombre desde su nacimiento ha sido formado por la sociedad en la que se desarrolla y su modo de hablar, de vestir, de comportarse con los otros, de tratar al otro sexo etc., es el impuesto por las normas y costumbres imperantes en el ambiente de su colectividad. Se ha dejado arrastrar por los demás y sólo en muy pocas ocasiones actúa por elección deliberada. La repulsa o aceptación de la conducta y expresiones de la persona influye en las decisiones de cada individuo de modo determinante, en casi todos los casos, pues así como cuando hay censura de prensa el escritor se autocensura, así también cuando hay censura social, como sucede siempre, para lo que se dice y se hace, cada individuo realiza, tácitamente, la autocensura previa de lo que ha de decir y hacer. Si a esto se añaden las prohibiciones y las penas legales, que coaccionan la conducta del individuo en determinado sentido, podemos decir que la decisión personal libre es mínima. No se es tampoco libre para reunirse y asociarse, pues normas y prejuicios sociales limitan con quien reunirse y en el mundo moderno la asociación es con frecuencia forzada, ya que la no pertenencia al sindicato de su oficio le ocasionaría grandes perjuicios; a veces también el individuo encuentra que se le cierra la entrada al sindicato u organismo al que quisiera pertenecer y, en muchos casos, el que no ha logrado ser admitido en el sindicato de su oficio es, en los países industrializados, un verdadero paria al que la vida y el sustento se le hace difícil.

No vamos a entrar en el análisis de la necesidad de limitar la libertad individual en beneficio de la comunidad, y también de la seguridad del propio individuo que necesita de las limitaciones a la acción de los demás para no vivir en perpetuo acecho en defensa de su propia vida y patrimonio. Pero estas limitaciones, necesarias y convenientes, a la libertad individual no deben servir para cambiar el sentido de esta palabra, como sucede cuando algunos dictadores nos hablan de libertad colectiva o libertad para el bien común, o de que frente a un régimen en que la libertad estaba al servicio del individuo en ese otro la libertad está al servicio de la comunidad. Lo mismo sucede cuando se habla de libertad económica, entendiendo por ésta la supresión del régimen de libre empresa, en el cual aquel que posee más recursos económicos se encuentra en condiciones de privilegio y de mayores posibilidades de elección que el que no los tiene. Este es un problema de desigualdad y de injusticia social, pero no un problema de libertad económica o si la hay es la de libre empresa, que es notoriamente injusta, pero el problema de las injusticias que ocasiona el desnivel económico no es de libertad. No es lícito ni honrado decir que se defiende la libertad cuando se la suprime. No hay más libertad que la que se otorga a cada individuo para expresar sus ideas, reunirse, trabajar o no trabajar, etc., y cuando esto no se permite, sea cualquiera la excusa que se dé, no hay libertad. La libertad al servicio de la comunidad y otras expresiones

parecidas no son sino palabras por las que se nos da a entender lo contrario de lo que dicen, o sea, que no hay libertad.

La mayoría de los hombres y de los partidos políticos tienen acerca de la libertad un criterio muy diferente cuando están en la oposición que cuando están en el poder. Pudiéramos decir que la mayoría de los hombres son liberales en la oposición y autoritarios, cuando no dictatoriales, en el poder. La epidermis de los hombres se hace muy irritable con el poder y lo que les parecía un derecho indiscutible a la crítica, al llegar al poder les parece osadía irrespetuosa, cuando no incitación a la sedición o a la revolución, algo, en fin, intolerable. Y, muchas veces, si el gobernante no acalla violentamente la voz opositora no es por respeto a los ideales de libertad o a las leyes, sino por temor a las consecuencias que tal medida podría acarrear a la propia estabilidad del gobierno. Parece estar en la idiosincrasia de la mayoría de los hombres el considerar necesaria la libertad y la tolerancia para expresar las ideas cuando se está en la oposición, pero en el gobierno priman la intolerancia y la exigencia del respeto a la autoridad y a la jerarquía del puesto que se ocupa. Esto es debido a que en política, como en religión, todo el mundo se cree infalible. El ideal del político es la libertad y la tolerancia máximas como opositor, y gobernar sin oposición, pero son muy pocos los que tienen la franqueza de expresarlo así, como en la frase muy conocida: "os pedimos libertad porque está en vuestro programa, no os la daremos porque no está en el nuestro". En cambio, qué difícil sería encontrar un gobernante o un partido de gobierno, al menos por esta parte del planeta, que sinceramente defienda el sentido de la libertad, que implica la tolerancia, encerrado en la frase de Voltaire: "no comarto tu opinión, pero daría mi sangre por defender tu derecho a sostenerla". Actualmente a las palabras democracia y libertad se les da significaciones tan distintas y tan peculiares que resulta difícil saber si un Estado que se denomina República democrática es un régimen de libertad en el que el gobierno y las leyes son renovados por elecciones periódicas o es un régimen de partido único sin libertad de opinión ni de asociación política.

Concretémosnos ahora a la libertad de expresión y de asociación política, a lo que yo llamo el sagrado derecho del pataleo, esto es, a la facultad, garantizada por la ley, de expresar opiniones contra los actos de gobierno, de defender ideologías distintas de las oficiales y de pertenecer a partidos opositores —es obvio el derecho a defender al gobierno y al partido gobernante—. Ahora limitándonos a esa libertad podemos preguntarnos ¿para qué sirve la libertad? Recuerdo que a fines de la década del veinte un célebre dictador italiano, después de haber recorrido los territorios de su país, ofreció una conferencia de prensa para exponer ante los periodistas los progresos que había podido ver en diferentes partes y que eran obra de su gobierno, así como la satisfacción que se hacía ostensible entre los habitantes por los beneficios que habían obtenido por la obra realizada. Un periodista —naturalmente extranjero— preguntó si la gente no reclamaba por la falta de libertad; su respuesta fue: "en todas partes me han pedido pan y trabajo, nadie me ha pedido libertad, ¿para qué sirve la libertad?" Yo hubiera contestado que la libertad no es un instrumento, no es un medio para conse-

uir otra cosa, no es como el dinero que sirve para, sino que es totalmente inútil, ya que no presta ningún servicio; es tan importante que los hombres luchan por conseguirla y da al que la posee tanta dignidad que no sirve, sino que únicamente es servida.

La técnica ha facilitado también las limitaciones a la libertad. El uso de máquinas y la aplicación de técnicas ha reglamentado y controlado, en muchos aspectos, la conducta humana, dejando poco margen a la iniciativa individual. El uso habitual y universal del reloj ha ocasionado la cronometración de la vida de casi todos los hombres, de modo que ya no se come o se duerme cuando se quiere, sino cuando es la hora y del mismo modo están cronometrados el trabajo, la diversión y los viajes, pues los espectáculos tienen su horario determinado y es necesario tomar el tren o el avión a la hora fijada para la partida. Indiscutible que la cronometración para muchos tiene muchas ventajas, hasta el punto que es una necesidad haber la hora de comienzo del espectáculo o la salida del tren, pero extendido a toda actividad es una limitación a la libertad.

Las grandes máquinas y la producción en serie son causa de la imposibilidad del trabajo independiente, pues el artesano no puede competir con ese tipo de producción y se ve forzado a incorporarse al trabajo de la fábrica. Las computadoras y el aumento de la burocracia han determinado un control inevitable de los movimientos y actividades de cada persona. Salir y entrar en el país, fecha y modo de pago de impuestos, control de ingresos y gastos, lugar donde se vive y condiciones de vida, actividad de trabajo, grupo familiar, todo debe ser comunicado a la oficina burocrática correspondiente y así todo está controlado y queda muy poco que pueda llamarse vida privada.

En otro orden es fácil comprobar que el derecho del ciudadano a aprobar los impuestos que se le imponen para contribuir a los gastos del Estado, y que dio origen en la Edad Media a la democracia parlamentaria, ha perdido, de hecho, su vigencia, pues el individuo desconoce cómo surgen los impuestos que paga y es impotente para oponerse a lo que considera injusto y, en ocasiones, tiene que pagar hasta los errores de los funcionarios, pues le resultaría más gravoso hacer los trámites administrativos o judiciales para evitar el pago que pagar lo que no le corresponde.

El Estado controla en gran parte los medios de difusión y es factor determinante en la economía de los particulares y es indiscutible que la técnica es la que ha proporcionado los instrumentos que hacen posible ese enorme poder estatal. Francisco Ayala hace un análisis del panorama político del mundo técnico que resulta poco optimista en lo referente a la libertad, dice: "La estatificación plena de la vida social —desde la economía hasta los recreos, desde la vivienda y el vestido hasta la educación moral de las generaciones jóvenes— implica también que la población entera del Estado ha de politizarse. Solicitada de continuo por los grupos organizados que se disputan las ventajas del poder y que para conseguirlo invocan su apoyo a cualquier precio, no sólo facilitan el prevalecimiento de lo fútil, de lo torpe, de todo aquello cuya bajeza misma le promete multitud de sufragios, si no que prestará base a las detestables formas de dominación, sirviendo de peana a dictaduras donde el poder se ejerce con mayor impudicia que en

las pretéritas monarquías, en compensación de la servidumbre a que lo obliga la necesidad de mantener siempre activas, tensas y participantes a las masas sobre que se ejerce" (5). Es fácil de comprobar la exactitud de este análisis en los países de Sudamérica donde se puede alcanzar el poder por la vía electoral.

Una de las notas del mundo actual sería el sectarismo y la pasión política, según Ayala, pues dice que "Para el hombre medio de nuestros días, encajado rígidamente —con mecánica rigidez— en su alvéolo social, ocupado en un trabajo que no le consiente iniciativas, pero que tampoco agota sus energías, sino que, por el contrario, le garantiza muchas horas de ocio, apenas hay en efecto, otro desahogo de sus impulsos vitales, fuera de esa actividad política, que la participación —emotiva, como espectador— en las competiciones futbolísticas. Ser ' hincha' de un equipo implica desplegar una pasión, una violencia, un fanatismo, que contrasta con la trivialidad e indiferencia de las circunstancias que inicialmente determinaron a cada cual en la elección de su equipo. El hombre de la masa pone en sus entusiasmos políticos el mismo irrazonado y frenético ardor que en sus entusiasmos de ' hincha': sólo que con resultados terriblemente peligrosos, pues ya no se reducen a un motín, al eventual linchamiento de un árbitro..."(6). La virulencia e irracionalidad del afiliado a un partido se hace ostensible en su actitud frente a un atentado político u otro hecho de violencia como el asalto a un local comercial, la ocupación de un terreno, etc., que se pregunta primero quién los hizo y después lo censura o alaba, según la tendencia de los protagonistas. Cuando las pasiones políticas se polarizan en dos tendencias antagónicas se puede comprobar que los mismos actos que la oposición censura al gobierno fueron defendidos por esos mismos hombres cuando eran gobierno y censurados por los opositores de entonces, hoy gobernantes. En estos casos la catalogación política es previa a la valoración de las acciones o de los méritos; la competencia técnica o profesional está subordinada al sectarismo político. Parece que hemos vuelto al **solus fides**. Sólo salva la fe, no las obras; los que no tenían fe no se salvarán en el otro mundo, porque para Dios sólo la fe salvaba, y también en este mundo era necesaria la fe para vivir, porque para los creyentes el mayor delito era no creer. Trasladado a lo político podemos decir que sólo tiene valor, sólo tiene derechos y sólo es capaz el que cree en determinada doctrina. Un hecho realizado por el líder de determinado grupo político es justo, beneficioso y digno de todo elogio; el mismo hecho efectuado por un dirigente de la doctrina opuesta —y el que no está conmigo está contra mí— es injusto, perjudicial e indigno. Todo lo bueno lo hacen los de mi grupo; todo lo malo los adversarios, pues la bondad y la razón dependen de quién lo hace, no de lo que se hace. En un ambiente político tan pasional e irracional resulta lógico que se haya restringido mucho la libertad individual. Ayala nos dice que "Para quienes han vivido antes de 1914 y, recordando las condiciones que prevalecían entonces, establezcan de pronto la comparación con las del presente, tienen que adquirir un cariz espantoso todos los rasgos que, más o menos acusados, son comunes a cualquier Estado actual:

(5) Francisco Ayala: "Tecnología y libertad". Pág. 68. Ed. Taurus, Madrid 1959.

(6) Ob. Cit. págs. 22.

- a) El particular, sea súbdito del Estado o extranjero, no puede entrar ni salir de sus fronteras sin autorización expresa del poder público.
- b) El particular no puede disponer de sus bienes fuera de la frontera del Estado y, dentro de ella, sólo con infinitas limitaciones que hacen precaria y, en ocasiones, irrisoria esta disposición.
- c) El particular tiene que someterse a registros numerosos y técnicamente ineludibles, de tal modo que todos sus movimientos son controlados constantemente y pueden ser interferidos en cualquier momento por el Estado.
- d) El particular depende económicamente del Estado, que controla todas sus actividades lucrativas, que tiene poder y medios tan abundantes como fáciles para enriquecerlo o arruinarlo a su arbitrio, y que, en fin, está facultado hasta para concederle o negarle el permiso de trabajar y ganarse la vida."

Más adelante añade que "la realidad práctica nos muestra que los medios de vigilancia y compulsión del Estado se emplean para luchar contra los adversarios del gobierno, inmovilizarlos y aniquilarlos, de modo que las variables constelaciones de poder en la política interna de cada país determinan quién ha de ser considerado a cada momento como el enemigo público al que debe aplastarse"(7).

¿Es consecuencia de la técnica esta triste realidad política? Evidentemente, ha sido después de la primera guerra mundial que se han expandido en el mundo el automatismo y la técnica en una escala tan grande como para ser considerada la característica del mundo actual y al mismo tiempo se han desarrollado las políticas de agresividad e intolerancia, pero creo que esta situación política no es resultado de la técnica, pues, precisamente, no se da esta virulencia en la política interna de los países que tienen un gran desarrollo técnico, como los países escandinavos, Bélgica, Holanda, y aun Estados Unidos. Estimo que la división del mundo en bloques que se disputan el predominio en el orden internacional no es nueva y, por eso, no debe ser atribuida a la técnica. La técnica es un medio para y no puede tener intenciones de dominio y sojuzgamiento; únicamente los hombres tienen intenciones, aun cuando la intencionalidad y el modo de actuar estén determinados por el ambiente en que el hombre se desarrolla. Opino que la técnica es un medio de dominación poderosísimo, pero también puede ser un gran medio para la libertad si el fin del grupo dominante o de la mayoría no sea aplastar al contrario, sino sostener el derecho a convivir y discrepan. Considero que el hombre tiene algo de racional y no siempre es un imbécil. Creo que no ha sido la técnica, sino las circunstancias históricas, con dos cruentas guerras mundiales e innumerables guerras civiles, frías y calientes, así como las ideas de supremacía nacional y racial de los hombres que desencadenaron estas guerras, las que han ocasionado estas ansias de aplastar al enemigo, como el objetivo político primordial. Es indiscutible que la técnica ha hecho posible el totalitarismo del poder, pero creo que puede darse un mundo técnico con consecuencias menos perniciosas para la libertad.

En nuestra época, tan poco liberal, se habla de nuevas libertades, además

(7) Ob. Cit. págs. 88, 89 y 91.

de las tradicionales como el vivir libres de temor y de miseria. Librarse de algo es muy diferente de tener libertad para hacer algo, pues tener libertad de reunirse, de opinar o de viajar son derechos que se poseen aun cuando no se usen. Librarse de deudas, de miseria o de temores es algo que uno también tiene derecho a hacer o no hacer, pero si de lo que se trata es de que el Estado tenga la obligación de hacerlo por nosotros para que nadie padezca miseria es un asunto socio-económico que nada tiene que ver con la libertad. Quitarse uno mismo la miseria implica querer y poder quitársela, pues ser liberado forzosamente no es libertad, ya que libertad que es impuesta deja de ser libertad. Vivir libre de temor sólo tiene sentido cuando el temor se refiere al poder público, es decir, estar seguros que cuando llaman a la casa a cinco de la mañana es el lechero y no la policía política. Por último resulta curioso que mientras la palabra libertad mantiene su prestigio y es, aparentemente, defendida por todos, el liberalismo no está en vigencia y ha caído en desprecio, ya no hay partidos liberales y ser liberal es un anacronismo. Eso se debe probablemente a que en el mundo de la técnica la política se ha transformado en economía política y ya nadie le da importancia a valores como la libertad, la dignidad, que son considerados como ideas abstractas que nada tienen que ver con la economía y la utilidad.

LA FELICIDAD

Otra palabra mágica, que es guía de las actividades humanas, es la felicidad. Meta para la mayoría de los hombres es conseguir la felicidad, ya sea en esta vida o en la otra, en lo que se llama el más allá. Por lo tanto la felicidad es algo muy importante para el hombre.

No resulta fácil decir qué es o en que consiste la felicidad, aun cuando todo el mundo entiende su significado en expresiones como "he pasado un día feliz" o "es un matrimonio feliz" o "soy feliz con mi trabajo o con mi profesión"; también cuando se expresa a alguien el deseo de que sea muy feliz o se desea un feliz año, como es costumbre al aproximarse un nuevo año. Otras expresiones como ¡qué feliz estoy de poder realizar ese viaje! o ¡qué felicidad poderte comprar el auto que querías! consideran que se es feliz consiguiendo que se realicen nuestros deseos, pero también indican que todo esto es una felicidad parcial y que esta palabra engloba todos estos hechos y en una mayor duración, en toda una vida. El que el hombre sólo consigue una felicidad parcial y nunca la felicidad se encuentra en estas y en otras expresiones como ¡cuánta felicidad! o ¡qué felicidad! La felicidad sería la sustantivación genérica de todas estas parcialidades y se presenta como una meta que nunca se alcanzará, al menos en esta vida.

El problema de la felicidad ha estado, a través de la historia, unido al problema ético. Buscando un fin hacia el cual tienda la conducta humana se vió que lo que más deseaba el hombre, lo que consideraba como el supremo bien, era ser feliz. La felicidad no se encuentra sólo en el placer sino en la participación de los bienes espirituales como belleza, bondad, amistad, así como en evitar los dolores y los temores que al impedir la tranquilidad del espíritu son causa de infelicidad. Es la moral de Epicuro en la que la felicidad se subordina, de hecho, a otros valores considerados mo-

ralmente superiores. La virtud consiste en el autodominio para subordinar los impulsos más bajos a los más altos; la felicidad, que perdura a través de la vida, no está en la búsqueda del placer del momento sino en el cultivo de los gores espirituales más nobles. Este es el sentido de la **eudemonía**, en que el valor superior es la serenidad e imperturbabilidad del espíritu. Es la doctrina de la autosuficiencia del sabio para quien el dolor y la propia muerte son insignificantes, pues sabe sobreponerse a su propio destino.

El cristianismo es también una doctrina eudemonista, como claramente expone Nicolai Hartmann, pues los actos del hombre en esta vida tendrán su recompensa o castigo en el más allá. Su eudemonismo está fundado en la creencia en la otra vida, la felicidad la obtendrá el hombre bueno en la otra vida. En comparación con esta felicidad eterna los sufrimientos y los gores que pueden temerse en este mundo carecen de importancia. La immortalidad del alma y la vida eterna hacen desaparecer los valores de este mundo en cuanto tal y la vida terrestre sólo tiene sentido como el tránsito necesario para realizar las acciones que permitan ganar esa eterna felicidad, y el que se deje guiar por la apariencia de valor de esta vida munda se expone a la condenación eterna. Evidentemente, el cristianismo es un eudemonismo y un egoísmo del más allá, pues de lo que se trata es de la propia salvación, no de la de otros; las acciones buenas realizadas en esta vida son sólo un medio para la consecución de la felicidad de cada uno en el más allá. Mientras el hombre en la tierra se cuida de otros, se cuida de la salvación de su alma. El altruismo en este mundo es, al mismo tiempo, egoísmo con relación al más allá. El hombre sólo puede cuidar de su propia salvación, pues ante Dios sólo puede ser responsable de su propia acción. Esta doctrina no es sólo cristiana sino propia de todo sistema moral terrenal que se refiera al más allá.

En nuestra época no hay un eudemonismo individual como el de Grecia ni tampoco la búsqueda de la felicidad se ha disfrazado con un ropaje moral, excepto si se considera que también en las nuevas tendencias la felicidad es considerada como el mayor bien. Los nuevos problemas de la sociedad, del trabajo y de la sindicalización, etc., han dado lugar a un eudemonismo social. Ya no se trata de que cada individuo tenga como meta de su acción la propia felicidad, sino la felicidad colectiva, la felicidad de la sociedad. Más que moral este eudemonismo tiene un fundamento político. De un modo claro el anarquismo, pero, tácitamente, toda ideología político-social busca una organización social y una estructura política por medio de la cual los hombres, o la mayoría de los hombres, alcancen la felicidad, o como reza la fórmula "la mayor felicidad posible para el mayor número posible".

No es extraño que en el mundo de la técnica esta fórmula se haya cambiado por otra que rezaría "el mayor bienestar posible para el mayor número posible", donde ya no figura la palabra felicidad. La primacía de lo económico sobre lo moral y lo propiamente político ha colocado en primer plano todo lo que se refiere a consumo, uso y disfrute. Esto ha ocasionado el desvío de la meta inicial eudemonista hacia los beneficios económicos, a la mayor disponibilidad de medios para consumir, centrándose los deseos

y las ofertas de los políticos en tener el medio de los medios, el dinero, de modo que ya nadie habla de la consecución de una mayor felicidad para el mayor número, sino de mayor disponibilidad de medios para adquirir, de una mejor distribución del circulante o de una mejora de los ingresos, todo está subordinado a la prosperidad económica, aun cuando se repita que el dinero no hace la felicidad. Claramente la propaganda de todos los partidos políticos se centra es lo que es útil, olvidando que lo útil es tal sólo si es útil para algo, para un fin.

Evidentemente, nadie consigue la felicidad de modo completo. Este hecho es uno de los motivos de la esperanza en otra vida donde se llegue a la perfección y se pueda conseguir la felicidad de los que la merecen, de los buenos; allí las cosas son como deben ser y el hombre mejor debe ser el más feliz, y como eso no sucede en esta vida tiene que haber otra donde se cumpla este postulado de la moralidad.

Por otra parte, cada hombre puede ser feliz de muy diferente modo. Para algunos puede constituir un motivo de felicidad lo que para otros no tiene ningún valor. Es más, en gran parte la felicidad depende más del modo de enfrentar la vida, de una actitud previa, optimista o pesimista, que a lo que se consiga o al tipo de sociedad en que se viva. Podemos decir que hay una capacidad personal para la felicidad. En cuanto al utilitarismo social de nuestra época podemos casi asegurar que ni los medios económicos ni la estructura social tienen nada que ver con lo que se entiende por felicidad. Precisamente uno de los síntomas que hacen perceptible un cambio de la sociedad actual está en la actitud de los jóvenes en lo que se refiere al contenido de la felicidad, en lo que se desea para sí y para los demás por la juventud de los países de mayor desarrollo técnico. Se vislumbra claramente en la actitud de lo que se llaman los contestatarios norteamericanos el rechazo de la formación profesional actual, orientada exclusivamente hacia lo utilitario; no quieren aprender sólo a hacer dinero (**to make money**), protestan contra esa idea de que una profesión es la herramienta que se da al hombre para ganar dinero, cuando es preciso llenar la vida con otros contenidos y valores que la hacen más digna de ser vivida. Esto, así como aquellas revindicaciones de los trabajadores que no tienen un contenido de utilidad económica, lo que ha llevado en algunos casos hasta la huelga para conseguir que el trabajo de una determinada fábrica sea menos monótono y automático, nos hacen pensar que el mundo técnico futuro no ha de ser tan dominado por la utilidad como el actual y creer que el panorama sombrío que nos presentan con relación a las limitaciones a la libertad y al apasionamiento irracional de la política partidaria también pueden cambiar. Si las aspiraciones del hombre se dirigen a valores que no son útiles ha de cambiar el sentido y objetivo de la vida y no caer en el gris descolorido de un mundo sin fines, pues los medios se han transformado en fines. Pero cualquiera que sea el tipo de felicidad podemos preguntar: ¿para qué sirve la felicidad? La pregunta carece de sentido porque el que busca ser feliz lo hace sencillamente para ser feliz, no como un medio para conseguir otra cosa. La felicidad, parcial o del tipo que sea hacedero en este mundo, e igualmente la que pudiera darse si es que hay otro, es un valor en sí, por ser totalmente inútil.

EL DEBER

La mayor transformación del mundo actual se ha efectuado en la moral. El cambio de costumbres es consecuencia de haberse cambiado el modo de vivir y de convivir y en esto, como vimos, el maquinismo y la técnica han tenido una importancia decisiva. La liberalización de las costumbres contrasta con las restricciones de tipo económico y el control estatal de las actividades y movimientos de las personas.

La revolución sexual ha producido tal cambio en lo que se considera moral e inmoral en las relaciones sexuales en comparación con las costumbres y normas imperantes hace unas decenas de años, que hablar hoy de la deshonra de una mujer soltera por haber perdido la virginidad o de que se perdió por haber dado un mal paso, nos resulta tan anacrónico como la tartana o los botines. Y no sólo en las relaciones entre hombre y mujer, sino que el homosexualismo ha sido legalizado en algunos países y en casi todos es tolerado y ya no se oculta ese tipo de desviaciones, así como la mayoría de las muchachas de hoy no se avergüenzan de tener vida sexual. También han caído en desuso las rígidas normas de antaño sobre urbanidad, modo de comportarse, de vestirse, etc. Los tratamientos y las ceremonias han quedado reducidos a ceremonias oficiales o tradicionales o a las relaciones de tipo diplomático, pues cada persona se viste o se desviste como quiere y ya no sólo no son inmorales las modas femeninas que dejan al descubierto la mayor parte del cuerpo, sino que ni siquiera llaman la atención. En casi todos los aspectos de las relaciones sociales se han superimido los preceptos que imperaban antaño y se permiten comportamientos que antes hubieran parecido inmorales, cuando no delictuosos:

Por otra parte, no es extraño que en un mundo regido por la utilidad se haya rebajado mucho el nivel moral, pues el ser honrado nunca ha reportado utilidad. Además, en el mundo actual la religión ha perdido su influencia en la conducta del hombre, pues en nuestro mundo no hay fe religiosa, sino, en todo caso, la rutina de asistir en determinados días a las ceremonias del culto y un conjunto de pensamientos que se aceptan por tradición y que constituyen lo que el hombre dice creer, pero no hay el sentimiento propio del creyente que vive pendiente de su salvación y para quien una transgresión lleva aparejado un gran remordimiento. No hay una sanción de la sociedad a la conducta moral, cuando no se trata de transgresiones legales, ni tampoco el temor de tipo emocional de la religión, pues la preocupación y la acción de los grupos organizados no está dirigida al más allá y a los problemas de salvación sino al más acá y a lo mundano, subordinando claramente los motivos religiosos a la acción política y económica. Los partidos que tienen el apelativo de cristianos se ocupan muy poco en su programa de las creencias y de la fe religiosa, al contrario de lo que sucedía antes —conozco democristianos que son agnósticos en materia religiosa— y las alianzas, frecuentes en Hispanoamérica entre grupos católicos y marxistas, hubieran sido inconcebibles hace un par de decenios. No es extraño que todo esto, unido a la liberación de las costumbres y a la utilidad como fin, haya conducido, más que a una relajación de las costumbres, a una amoralidad y que la gente se preocupe muy poco de si

su conducta es moralmente buena, buscando sólo que sea provechosa. Se ha repetido mucho que uno de los problemas del mundo actual se encuentra en el hecho de que el progreso técnico no haya ido acompañado de un progreso moral y de que el hombre actual no tenga la capacidad espiritual adecuada para manejar el formidable poder de la técnica. La posición científica de fines del pasado siglo consideró que en la ciencia se encontraba la solución de todos los problemas humanos, incluso del moral. Friedmann nos relata esta actitud del siguiente modo: "En 1897 Marcellin Berthelot publicó con el título de **Science et Morale** una compilación de artículos y discursos que prolongó hasta fines del siglo las esperanzas y la ilimitada confianza que muchos hombres de su generación —incluso los más destacados— habían depositado en la aplicación de la ciencia al desarrollo de las sociedades humanas. La ciencia contiene implícitamente una moral, la verdadera, que es también la más eficaz y la más generosa, la más capaz de hacer mejores a los hombres. Sólo se trata de explicitarla y definirla para que pueda usarse. En cuanto a las consecuencias materiales de los progresos del conocimiento científico —entre los cuales uno de los más importantes es el maquinismo industrial— no pueden sino ser beneficiosas. El sabio —escribe Berthelot— no cesa de aumentar el patrimonio y el capital colectivo de los pueblos. No existe la menor inquietud respecto a la acción de esas máquinas omnipresentes sobre la persona humana, ninguna sombra oscurece el cuadro grandioso del porvenir de los pueblos que se dejarán conducir al bienestar por el enriquecimiento continuo de los conocimientos teóricos"(8). ¿Quién sería hoy tan optimista para formular juicios similares? No son sombras sino los más negros nubarrones los que oscurecen el cuadro del porvenir y en cuanto a que las consecuencias materiales del progreso técnico sólo pueden ser beneficiosas, resulta fácil comprobar su aplicación a la guerra y a la destrucción; las máquinas son medios que según su empleo pueden ser beneficiosas o perjudiciales, pues es el hombre el que las usa y el que tiene intenciones que, en ocasiones, pueden destruir y causar daño a los que considera sus enemigos. Actualmente nadie cree en esa moral derivada de la ciencia, pero se sigue insistiendo en que la falla de nuestro mundo está en no haber desarrollado, paralelamente al progreso técnico, un progreso moral que haga que el hombre sólo pueda utilizar la técnica para el bien. Creo que no hay tal progreso moral; la moral está arraigada en la libertad del hombre, que es el único animal moral por ser el único animal libre, y su decisión por el bien o por el mal, o por lo que considera como tal, en cada acto de su vida es lo que da al hombre su importancia en el mundo. Poder equivocarse y poder hacer el mal es propio y exclusivo del hombre y lo que constituye su grandeza, pero, por regla general, nadie se equivoca a sabiendas, en cambio, sí se elige el mal a sabiendas, se elige, en ocasiones, lo que se considera malo, porque esto me beneficia a mí o a mi grupo, o bien porque perjudica a otros. Con la idea de progreso moral se quiere que el hombre sea cada vez más bueno y, por tanto, que su formación lo haga inclinarse cada vez más hacia el

(8) Georges Friedmann: "Problemas humanos del maquinismo industrial". Págs. 21. Ed. Sudamericana. Buenos Aires 1956.

bien, de modo que el hacer el bien o el mal no dependería en cada caso de su decisión, sino que su inclinación hacia el bien estaría determinada por su formación. Cuanto mayor fuera el progreso moral menos margen de decisión, menos libertad. Que no hay tal progreso moral y que éste no acompaña al adelanto científico y técnico, lo prueba la historia, en la que encontramos épocas con una rigidez moral a las que siguen otras de relación y, precisamente, los períodos más relajados suelen ser los de mayor adelanto en la civilización y la técnica.

A todo esto hay que añadir que la moral es relativa, que lo que se considera bueno y malo, lo permitido y lo prohibido, cambian de época y de país a país. Diríase que la moral cambia al cambiar el clima; a través de la historia todo ha sido permitido y todo ha sido prohibido, desde los sacrificios humanos hasta el robar ha sido considerado buenos y desde comer carne hasta mostrar el rostro la mujer han estado entre las prohibiciones. Ahora bien, el hacer el bien y evitar el mal ha sido una fórmula de conducta moral universalmente aceptada, la idea del bien ha sido el vínculo de unión de todas las morales y nadie parece dudar de que conoce lo que es el bien. Pero el principio de todo conocimiento está en el conocimiento de la propia ignorancia. Nicolai Hartmann considera que la gran falla de la ética se encuentra en su punto de partida, en dar por supuesto que se sabe lo que es el bien y el mal y no haberse planteado que pudiera desconocerse. El mito del árbol del conocimiento es, para Hartmann, el culpable de que en ética no se haya empezado a investigar por el principio, iniciando las tareas éticas con la pregunta por el qué del bien y el mal. "Si coméis del fruto del árbol prohibido, vuestros ojos se abrirán y tendréis como Dios el conocimiento del bien y del mal", esto profetizó la serpiente en el paraíso, y cuando con el pecado el hombre perdió la inocencia creyó que sabía lo que era el bien y el mal y hasta el pensamiento más crítico ha partido de que tenía este conocimiento. Pero la profecía de la serpiente fue una decepción para el hombre, pues sigue desconociendo, o conoce muy poco, lo que es el bien y el mal. El que sabe que no sabe está en camino de conocer, pero el que cree que sabe sin saber no intenta conocer, sólo al tener conciencia de que desconoce lo que es el bien podrá buscarse el camino que conduzca a este conocimiento, que es tan difícil, de acuerdo al texto sagrado, que estaba reservado a Dios.

La moral cristiana está ligada al concepto de pecado, a lo que está prohibido aun cuando sea deseado, quizás se prohíbe porque es deseado. Los mandamientos del decálogo son órdenes no sólo de hacer, sino también de creer, de amar y de no desear, pero, como dijo Kant, nadie puede amar en virtud de una orden y tampoco está en el poder de una persona evitar los deseos por una prohibición. Las prohibiciones de desear o de hacer lo que se desea sólo acentúan los deseos o las ansias de conseguir lo deseado. Por eso el pecado fue la causa de la sublimación del objeto de los deseos naturales prohibidos y del aumento del incentivo hacia lo que se prohíbe. Al disminuir, o desaparecer, el carácter pecaminoso de algunas prohibiciones, como la encerrada en el sexto mandamiento, al dejar de ser socialmente inmoral —para la mujer, pues el machismo sexual no era considerado inmoral antes— y al adaptarse la religión a la presión social anulando o ha-

ciendo muy benigno el pecado sexual ha tenido que disminuir su atracción y la intensidad de lo que se llama amor.

El que la acción moral dependa del querer hace que se tenga que contestar en forma negativa la pregunta con la que se inició en la antigüedad el problema ético; ¿puede enseñarse la virtud? ¿puede enseñarse a hacer el bien? Se puede enseñar lo que se conoce o lo que se cree conocer, también, se puede enseñar una técnica, esto es, se puede transmitir a otro no sólo el saber sino también el saber hacer, pero parece imposible enseñar a otro a querer y, por tanto, con mayor razón a querer hacer o dejar de hacer. Por eso, cuando se habla de insuficiente moralidad o de falta de progreso o capacidad moral para usar adecuadamente el progreso material y técnico y se nos habla de formación y educación moral se olvida que la acción moral supone la libertad, está en la decisión y ésta es, en gran medida, un problema del querer y no hay posibilidades de enseñar a querer. La enseñanza de lo bueno o de lo que se considera como tal en determinada sociedad, o de la norma moral, no enseña a quererla, ya que se puede querer también lo que se considera malo.

Todo esto nos lleva a la pregunta fundamental de la ética: ¿qué debemos hacer? y a las dificultades que acarrea, pues lo que yo debo hacer es lo que aún no está hecho. La contestación ha parecido muy fácil y la respuesta ha sido: yo debo hacer el bien y evitar el mal. La dificultad está en saber qué es el bien y, además, que aun sabiéndolo puedo desear lo que no es el bien. Pero cuando se pregunta ¿por qué debo hacer el bien? la contestación es porque debes, ya que no tiene sentido decir porque te conviene, por que es útil o por cualquier otro motivo, pues en ese caso ya no sería un deber. Aquí claramente parece que no tiene sentido preguntar para qué sirve o que utilidad tiene el deber. El deber no puede ser un medio para, no puede ser un útil, pues resulta evidente que debo hacer aquello que debo aun cuando no sea útil o aun cuando el hacerlo me perjudique a mí o a alguien.

LA VIDA Y LA MUERTE

Una objeción puede surgir con relación a todo lo que hemos considerado como inútil, pues si analizamos con detenimiento los sentimientos, la verdad, la filosofía, la libertad, la felicidad y el deber —también podríamos incluir el arte y la contemplación estética, cuya inutilidad analizaremos en otro capítulo— encontramos que todo sirve para algo, sirve a alguien, este alguien a quien sirve es la vida.

La filosofía, y la verdad como una parte de ella, responde a una necesidad vital. Aristóteles empieza así su "Metafísica": "La naturaleza del hombre le inspira el deseo de saber", es decir, el hombre tiende a saber, el saber es una necesidad humana y la filosofía le satisface esa necesidad, es útil para satisfacer la necesidad humana de conocer. Platón nos dijo que el admirarse, la curiosidad es el origen y fundamento de la filosofía, la filosofía sirve para satisfacer esta curiosidad humana. Si la filosofía es una necesidad vital, entonces la filosofía es útil a alguien, sirve para la vida y a la vida. Más difícil es encontrar la utilidad que reporta a la vida la libertad y

la felicidad, pues es la vida la que busca ser feliz o ser libre. Pero se puede decir que sólo para el hombre, para la vida tiene sentido la felicidad o la libertad, pues si no se cumplen en una vida son sólo abstracciones vacías sin contenido real, por lo que se puede decir que son útiles a la vida porque la llenan y la completan dándole un contenido. Lo mismo se puede decir del deber y de los sentimientos, aun cuando una vida sin sentimientos y una vida sin libertad pueden ser más útiles que una vida con libertad o con sentimientos.

Pero si todo está en la vida, si la vida es la que contiene todo y todo sirve a la vida. ¿La vida para qué sirve?

Lo primero que tenemos que saber, para contestar esta pregunta, es de qué vida se trata, a qué vida nos referimos, cuál es esa vida a la que todo sirve, para la cual todas las cosas hacen el papel de servidoras. Es indiscutible que nos referimos a la vida humana, al hombre, al ente humano. Las otras vidas que en el mundo hay, también sirven, son útiles para el hombre porque son menos importantes que la vida humana. Pero ¿por qué considero que tienen por misión servir al hombre? ¿Por qué considero que la vida humana, el hombre, es lo más importante entre las cosas y las existencias? En primer lugar, considero que el hombre es lo más importante de todo, porque yo soy hombre; si yo fuera mosca o gato consideraría, como dice Unamuno, que la mosca o el gato es lo más importante de todo, y que el mundo y las cosas que hay en él existirían para la mosca o el gato, serían útiles a la mosca o al gato. Pero como yo soy hombre considero, tengo necesariamente que considerar, que lo más importante es el hombre, que las cosas, las existencias y el mundo existen para mí, para mi servicio, para el hombre. Y si me preguntan: ¿Qué eres tú? ¿quién eres tú que te consideras tan importantes que crees que todo lo existente existe para servirte? contestaré con Oberman: ¡Para el universo nada, para mí todo! El sentimiento de ser, el ser hombre, es el fundamento auténtico, íntimo, de mi importancia, de la importancia del hombre, de lo importante que es ser hombre. Pero después de ese sentirse importante, después de ese querer ser importante, viene no ya el sentirse, el querer ser importante, sino el tratar de convencernos que somos importantes, el explicarnos a nosotros mismos, el convencernos de que efectivamente el hombre es lo más importante que hay en el mundo. Convencernos es muy fácil, mejor dicho no es necesario, puesto que ya estábamos convencidos. De todos modos daremos algunas razones, pues el convencimiento íntimo, el convencimiento emocional queremos siempre completarlo con el convencimiento racional, queremos y, por eso buscamos razones que nos convenzan de lo que ya estábamos convencidos.

Podemos distinguir tres clases de vida: la vida de la planta, la vida animal y la vida humana. La planta nace, la planta vive y la planta muere, es decir, la planta tiene vida. Pero la planta no tiene acción, no actúa; no tiene un nacer, un vivir y un morir, no hace nada por vivir ni por defender su vida, simplemente se encuentra con vida, sin tener conciencia de que vive.

Las plantas aunque tienen vida no tienen vitalidad.

El animal es superior a la planta porque actúa en la vida, porque busca lo

que no encuentra a su alcance, tiene el instinto vital, tiene vitalidad, siente el dolor y al defenderse de él defiende su vida; pero su vida no es un querer vivir, no tiene poder para transformar su vida, su modo de vivir; no hace su vida, vive siempre de un modo determinado sin modificarlo, sin elevar o intentar elevar su vida. Además aunque tiene una muerte, aunque ha de morir, no sabe de su muerte, pues a la muerte no se la conoce por instinto, no hay el instinto de la muerte como hay el instinto de la vida; a la muerte se la conoce o se la siente, hay el sentimiento o el conocimiento de la muerte, y el animal no tiene sentimiento ni conocimiento. Por eso se ocupa de su vida y la defiende, aunque sólo sea por defenderse del dolor, pero no se ocupa ni se preocupa de su muerte, no cuida ni guarda sus muertos. En su vida, como no sabe de la muerte, no se preocupa de sobrevivir, ni aun en el recuerdo de los demás.

El hombre no sólo nace, vive y muere, sino que tiene un nacer, un vivir y un morir. Su vivir es hacer su vida, es el único animal que no sólo vive sino que puede vivir de un modo o de otro, que transforma o puede transformar su modo de vivir. Además, el hombre no se preocupa sólo de vivir, sino también de sobrevivir, porque conoce su muerte. El conocimiento de que ha de morir es el que le impulsa a sobrevivir, aun cuando sólo sea en el recuerdo de los demás. El hombre es el único animal que guarda sus muertos, que almacena sus muertos, porque no sólo conoce y teme a la muerte, sino que también la respeta. Por tanto, el hombre tiene sobre los otros animales la superioridad de un vivir, que se hace por él mismo, y la superioridad de conocer su muerte e intentar sobrevivir a ella.

Ahora que ya sabemos de qué vida se trata podemos preguntar: ¿Para qué sirve la vida? Este ha sido, y sigue siendo, uno de los principales problemas planteados por la curiosidad humana, por la filosofía. La finalidad de la vida ha ocupado y preocupa a muchos pensadores, que han propuesto las más diversas causas como la razón de ser del vivir humano, como aquello a lo que la vida tiende, para lo que la vida sirve. Entre las cosas propuestas como finalidad de la vida citaremos el amor, los sentimientos, el progreso, la felicidad, la cultura, etc. (no analizamos aquí fines extraterrestres). Podríamos tomar como móvil de la vida, como aquello para lo que la vida es útil, no sólo uno de estos motivos, sino todos, porque los sentimientos, el progreso y la cultura elevan la vida, sirven para hacer la vida más vida, más importante. Luego los sentimientos y la cultura que son emanaciones vitales, creaciones de la vida, sirven a la vida.

Por tanto, si la vida sirve para producir sentimientos, progreso y cultura y, a su vez, la cultura, el progreso y los sentimientos sirven a la vida, la vida se sirve a sí misma.

Una vida sin sentimientos, sin pasiones, sin pensamientos, una vida sin cultura, quizás sería vida, pero no sería vivir. Sería una vida como la de la planta, una vida sin un vivir. Luego la vida al producir sentimientos, al hacer cultura, lo que hace es vivir. El libro, el sentimiento, el trabajo, la felicidad, aunque emociones de la vida, son útiles porque hay vida, sirven porque hay vida. La vida humana, el hombre, para que haya vida, para vivir. Luego la vida sirve para vivir, ya que vivir es ocuparse, es hacer

o no hacer, pero no hacer no como imposibilidad, sino como elección, como la acción de dejar de hacer.

Además de servir la vida para manifestarse, porque vivir no es más que la manifestación de la vida, la expansión de la vida, ¿no servirá la vida para la muerte? puesto que la vida termina en la muerte, desemboca en la muerte. Martin Heidegger ha dicho que "el hombre es un ser para la muerte". ¿Y por qué no para la vida? Yo creo que el hombre es para la vida, no para la muerte. Me podrán decir que el hombre muere, que el hombre es mortal. ¡Que el hombre es mortal! ¡Naturalmente! puesto que es vital, puesto que tiene vida. Ser mortal no es para la muerte, no es servir a la muerte, porque ser mortal es tener su fin y que ese fin sea la muerte. Pero cuando existe la muerte yo no existo y una cosa no puede ser útil sin existir. El servicio que presta un objeto termina con el objeto. La vida puede servir mientras hay vida, en tanto que existe; cuando la vida no existe termina necesariamente su servidumbre, deja de servir, de ser útil. El hombre desaparece con la muerte, al morir, no perdura en la muerte, porque en la muerte el hombre ya no es hombre, ya no es vida. En la muerte el hombre, la vida humana dejan de ser, de existir. Lo que el hombre es después de morir en la muerte, es lo contrario al hombre, a la vida.

También Martin Heidegger ha dicho: "yo soy yo y mi mundo". Pero en la muerte soy yo solo, entro yo solo, yo sin mi mundo. Pero, ¿qué soy yo solo? ¿qué soy yo sin mi mundo? Yo sin mi mundo no soy yo, porque este yo sin mi mundo sería yo sin sentirme, yo sin saber de mí, yo sin enfrentar lo que no soy yo. Yo sin sentirme será mi cuerpo, será mi alma, será la muerte, será la nada, seré la nada, pero no yo. Mi cuerpo y mi alma no soy yo, puesto que son míos. Yo, el yo, no es mío, si no yo. Yo no soy algo mío, yo soy todo lo mío más yo.

En la muerte, después de morir, podrá quedar mi alma, podrá quedar mi cuerpo o residuos de mi cuerpo. ¿Pero y mi mundo? De mi mundo no queda nada, porque quedará el mundo, pero ese mundo que queda es el mundo, no mi mundo.

De lo mío quedará algo en la muerte, yo no. Yo soy el hombre, la vida. Yo soy para la vida, no para la muerte. Por eso cuando la muerte viene yo ya no soy, dejo de ser. El hombre es un ser que va hacia la muerte, pero no es para la muerte, no sirve a la muerte, puesto que lo que entra en la muerte ya no es el hombre. Yo muerdo, pero no entro en la muerte; lo que entra en la muerte es lo mío, mi alma, mi cuerpo. Yo desaparezco en cuanto yo. El hombre desaparece en cuanto hombre.

La vida es lo contrario de la muerte. Vida y muerte se excluyen mutuamente porque no pueden subsistir a la vez en el mismo objeto. Pero estar vivo no es la vida, sino tener la vida, y estar muerto no es la muerte, sino lo que queda de la vida. Aunque irreconocibles vida y muerte van necesariamente unidas.

La vida es activa, la muerte inactiva, pero la actividad de la vida no consiste sólo en vivir, pues la vida tiene tres actividades que son: nacer, vivir y morir. Vivir es una actividad de la vida, pero no la única, pues aunque en ella incluyamos el amar, el odiar, el conocer, etc., nos faltarían siempre dos

actividades vitales, nacer y morir. En la vida hay tres actividades fundamentales, en las que podemos incluir todas las demás, nacer, vivir y morir. La muerte no existe sin la vida, porque es la vida la que va necesariamente hacia la muerte. La muerte, de acuerdo a esto, es una consecuencia de la vida y no existe sin la vida. Pero para Heidegger "el hombre es un ente entre dos nadas". Por tanto, la muerte existe sin la vida, puesto que la muerte es la nada, lo eterno y esto es anterior y posterior a la vida... Es lo mismo que había sostenido Platón en su Fedón: "las cosas nacen de sus contrarios, la muerte nace de la vida y la vida de la muerte". De acuerdo a estas opiniones lo que podríamos sostener que no existe sin la vida no es la muerte, es únicamente el morir.

Yo no dudo que la muerte exista sin la vida, pero tengo plena seguridad que mi muerte no existe sin mi vida. Sin mi vida existirá la muerte de otros, pero mi muerte no. Mi muerte es mía va conmigo. Si es mía no soy yo, sino que es mía, aun cuando sea a pesar mio, aun cuando no la quiera para mí. Pero mi muerte no puede existir sin mi vida, aunque tampoco puede existir con mi vida, en mi vida, no puede existir en tanto que mi vida sea vida. Para que exista mi muerte es necesario que mi vida ya no exista, pero también es necesario que haya existido.

Es indiscutible que tanto la vida como la muerte son para cada hombre algo de la mayor importancia. Pero ¿qué utilidad tienen la vida y la muerte? En primer lugar, descomponiendo la vida en sus etapas temporales, se puede sostener que el nacer sirve para vivir, el vivir para morir y el morir a la muerte, que es servida por su contraria, la vida, en la acción vital de morir. La muerte resultaría así lo único inútil, lo único que no sirve a nadie y, por eso, lo único verdaderamente importante. Esto es sostenido, evidentemente en otros términos, por muchas religiones para las que lo único importante es la vida eterna que se da en la muerte. El vivir humano debe servir, utilizarse, para conseguir la salvación eterna; hasta el morir puede servir para alcanzar ese objetivo supremo, el más importante para cada hombre, ya que mediante lo que se llama un acto de contrición y de fe —que no es tal acto, por faltarle la acción, sino un sentimiento de arrepentimiento y una autoafirmación de creencias— el instante de la muerte puede ser decisivo para su salvación. Pero resulta evidente que la muerte no puede utilizar a la vida, ya que mientras yo vivo no existe mi muerte y no es posible utilizar lo que aun no existe, ni mucho menos que esto que no existe puede ser el utilizador. Toda acción vital ha de ser de la vida y en la vida, de modo que lo que se pide para la salvación es que se proyecten las acciones vitales con miras a ese futuro que es la muerte.

Si nos atenemos al mundo que vivimos, que no puede ser otro que el de la vida, ya que no podemos vivir la muerte, encontramos que es para la vida y en la vida para lo que todo resulta útil o inútil. La vida es aquello por lo que hay entes útiles o inútiles, es el fundamento de esta división de todos los seres según que sirvan o no.

También puede sostenerse que no hay nada inútil, ni siquiera la muerte, pues utilizamos y hacemos negocios con el nacimiento, con la vida y hasta con la muerte, que sirve para que muchos vivan. Visto desde la colectividad, desde la especie humana, o desde lo que yo no soy, esto es verdad y en

nuestro mundo no hay nada que no sea útil a alguien, pero desde la propia vida y la propia muerte no es posible decir que la vida y la muerte sean útiles, pues no son utilizables.

Por otra parte, el problema que surge en el mundo de la técnica es el del empleo del tiempo libre, el tiempo que el maquinismo deja libre al que trabaja. El problema era cómo dedicar el tiempo libre a algo inútil. El problema básico consiste en proyectar el empleo de ese tiempo en actividades que al no dar rendimiento utilitario tampoco sean perjudiciales. El tiempo ocioso es el de la vida, no el de la muerte, aunque es posible que allí haya mucho tiempo ocioso, pero es indiscutible que éste no está disponible. Sólo puede proyectarse como dedicar el tiempo ocioso en la vida, no en la muerte y el proyecto tiene que consistir en tratar de emplearlo en lo que no es útil, en lo que no sirve para. En la vida se puede contar también con la muerte, con que se ha de morir, pero no con el tiempo de la muerte. Por eso, resulta inútil hablar de la utilidad de lo que no puede utilizarse.

